

NÓMADA

≡≡≡ ARTE Y LITERATURA ≡≡≡

AÑO I.

NÚM. 4.

NOMADA

AÑO 1912.-MES DE MAYO.-NÚM. 4

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

== REVISTA MENSUAL ==

TRIMESTRE. . . . 3 pesetas en toda España.
POR UN AÑO . . . 10 » » » »
NÚM. SUELTO. 1 » » » »

Director

M. Altolaguirre Palma

Gerente

Leocadio Martín Ruiz

Secretario de Redacción

Antonio Fernández Fenoy

Colaboradores

Miguel de Unamuno, Arturo Reyes, Francisco Villaespesa, José Muñoz San Román, Jacinto Benavente, Cristóbal de Castro, Enrique Romero de Torres, Fernando Fortun, Alberto A. Cienfuegos, Pedro de Répide, Ricardo León, Pío Baroja, Ramón del Valle Inclán, Santiago Rusiñol, Carmen de Burgos, Andrés González Blanco, Eduardo Baro, A. Reyes Guillot, José Francés, Gabriel Miró, Juan Pajol, Emilio Carrere, Manuel y Antonio Machado, Salvador G. Anaya, Manuel Góngora, Andrés Vázquez de Sola, Constantino R. Carnero, Francisco de P. Valladar, José Fernández del Villar, Diego San José, Isaac Muñoz, Salvador Rueda, Enrique López Alarcón, Antonio Zozaya, Eduardo Zamacois, Ramón A. Urbano, Luis Bello, Andrés Obejero, Luis París, Francisco Vera, Ramón Pérez de Ayala, M. B. Cossío, Antonio Arévalo, M. Utrillo, Joan Pi, Antonio Gullón, Enrique de Mesa, Juan R. Jiménez, Julio Pelli- cer, F. García Sánchez, Eugenio Noel, Tomás Borrás, Goy de Silva, Francisco Arévalo, Ricardo Baroja.

Todos los trabajos que se remitan á NÓMADA han de ser originales é inéditos. Dichos trabajos se dirigirán al Secretario de Redacción, Heredia, 14 (Córdoba), donde se hallan establecidas nuestras oficinas. Para todo lo relativo á la suscripción ó venta en comisión, dirigirse al administrador. NÓMADA se expondrá al público en las principales librerías de España y América, al precio de **una peseta**. No se devuelven los originales.

Redactor-Representante en Madrid

A. Jiménez Lora

== CÓRDOBA.-1912 ==

IMPRENTA LA VERDAD



NÓMADA

— ARTE Y LITERATURA —



CARTAS LITERARIAS

LAS PINTURAS DE LA ALHAMBRA

Sr. D. Antonio Fernández Fenoy.

Mi querido amigo: No cabe, seguramente, en los estrechos límites de esta carta, ni aun la más concreta explicación de lo que las pinturas descubiertas en la casita próxima á la bellísima *Torre de las Damas*, y las muy conocidas de la *Sala de la Justicia* de la maravillosa Alhambra, significan en la historia del arte hispano musulmán; pero quiero complacer á V., y allá van estos mal pergeñados renglones, á los que acompaño el apunte de un fragmento de las famosas pinturas, ahora conocidas, para solaz y encanto de los que gozamos con todo lo que representa honor y gloria para España, y regomello y confusión de quienes se han de oponer á todo aquel'o que no esté conforme con su criterio estrecho y sistemático.

La vulgarísima y desacreditada cuestión histórica y crítica de si los árabes esculpían y pintaban los seres animados, la figura humana, se ha sostenido más que en vista de documentos y monumentos negativos, por espíritu de intransigencia de escuela y de principios. Había que demostrar con argucias y sofismas, que los musulmanes que invadieron á España eran hordas salvajes que todo lo aprendieron en nuestro país; había que sostener atrocidades como la del famoso coronel francés J. Saucery, que ha negado rotundamente que los árabes hayan hecho nunca nada de provecho, agregando en una carta de 1892 á 1893 escrita desde Córdoba, después de haber examinado la Mezquita, que el hábil constructor de la iglesia ojival inscripta dentro de aquélla, Fernand Ruiz, «dejó en pié la Mezquita musulmana por vanidad de artista, á fin de que pudiera compararse su concepción grandiosa con el ridículo plantío

de columnas de su colega arábigo...» (1) Estas opiniones y otras no menos peregrinas y varios testimonios de rebuscadores de conceptos extraños y frases incompletas, las reunió en el estudio que cito en la nota, el gran orientalista Simonet—estudio por otra parte admirable monumento de erudición—para leerlo en el Congreso Científico Internacional Católico de Bruselas en 1894. ¡Cuánto daño se ha hecho á la crítica y á la historia de España por un empeño de escuela para demostrar, como en este caso, que «no es oro cuanto reluce y aparece á primera vista,» como dice Simonet respecto de los moros de Granada, ó para convencer al mundo de que Felipe II fué aún algo más que una sangrienta hiena, de corazón cerrado á todo sentimiento y de inteligencia limitadísima y predispuesta solo al mal...

En estos apasionamientos nos hemos pasado y nos pasamos la vida los españoles, y desgraciado del que con fé y recto criterio pretenda estudiar cualquier asunto: lo menos que le puede suceder, es que nadie le haga caso.

En mi estudio *Rafael Contreras y las pinturas de la Alhambra*, publicado en la revista *La Alhambra*, núms. 270 al 283 (1909), resumí mis modestos juicios é investigaciones acerca de las pinturas de la *Sala de la Justicia* y de la *Torre de las Damas*, estableciendo como conclusiones provisionales, respecto de un arte hispano-musulmán en Castilla y Andalucía, una teoría hipotética que bien pudiera confirmarse con descubrimientos posteriores á los que hasta ahora conocemos, reveladora de un arte gráfico cultivador de la figura humana en la decoración arquitectónica y en la de objetos aplicables á los usos de la vida; teoría y conclusiones que no se oponen, seguramente, á los interesantes datos, notas y pesquisas que acerca de los elementos suntuarios de la Alhambra y de las pinturas murales de la *Torre de las Damas*, reunió mi sabio amigo Amador de los Ríos en el notable estudio *De la Alhambra*, publicado en *La España Moderna* (Diciembre 1909). Amador de los Ríos cita en su trabajo los artículos del insigne orientalista D. Francisco Fernández y González, publicados en la *Revista de España* (tomo XXIV, pág. 73), con el título *De la Escultura y Pintura en los pueblos de raza semítica, y señaladamente entre los judíos y los árabes*; artículos que deben tener muy en cuenta los defensores del tan traído y llevado texto de Aben Jaldon, «que puede ser tildado, por lo menos, de exageración y de falta de exactitud originaria,» como dice Amador de los Ríos, y que supone á los musulmanes granadinos tomando de los cristianos «la moda de decorar con imágenes ó retratos los

(1) Veáanse las notas 20 y 25 del notabilísimo estudio *Influencia del elemento indígena en los moros de Granada* (1894), del insigne orientalista Simonet.

muros de sus casas ó palacios» (2). Los testimonios que adujo Fernández y González en su artículo, no sólo «prueban superabundantemente... que fué uso y costumbre entre los príncipes musulmanes del Oriente, lo que Aben Jal-



Fragmentos de las pinturas descubiertas en la estancia próxima á la «torre de las Damas»

don supone copiado de los cristianos por los Al-Ahmares,» sino también que, según Ax-xecundi, escritor del siglo XIII, los tegidos malagueños con representaciones de seres vivos, adquirirían en el mercado precios elevadísimos, así

(2) El ilustre Simonet dió gran trascendencia é importancia al texto de Aben Jaldun, consignado en los prolegómenos de su *Historia universal* (Tomo II, versión francesa); y comentándolo, ha dicho: «Ignoramos si por ventura Ibn Jaldun alcanzó á ver las singulares pinturas con retratos de varios Sultanes Nazaritas, y con excenas harto extrañas al gusto é ideas de los árabes y musulmanes que adornan las bóvedas de tres camarines de la sala de la Justicia de la Alhambra... y de los artistas que las ejecutaron... y prueban á cuán alto punto llegó la influencia de la preponderante cultura castellana sobre los moros de este reino»...—En las notas correspondientes, consigna Simonet la opinión de que la pinturas fuesen hechas por artistas italianos. (Veáse el estudio citado en la nota anterior.)

como los objetos lujosos de mobiliarios decorados con esas representaciones también.

Pero hay más aún que todo esto, que robustecía en su tiempo la opinión de Rafael Contreras acerca de la producción mora ú oriental de las pinturas de la Sala de la Justicia: los notables estudios del sabio historiador de la literatura y las artes españolas, del insigne Amador de los Ríos (D. José), y entre ellos dos de verdadera trascendencia: el referente á un resto de pintura mural, un episodio de cetrería simulando un trozo de tapiz ó «pañó historiado,» en la casa núm. 11 de la antigua plaza de los Portes, hoy de Amador de los Ríos, en la imperial Toledo, y el magistral estudio *Arcas, arquetas y cajas-relicarios* (tomo I del *Museo Español de Antigüedades*), y en el que puede hallarse, no sólo toda una teoría histórica y crítica de las representaciones humanas en las artes orientales, sino serios y fundamentales antecedentes en que aquélla se afirma. Y preside en todo tal imparcialidad y exacto conocimiento, que voy á citar unas líneas acerca de la famosa arqueta de Santa Eulalia. Valiéndose de testimonios como la declaración del Obispo D. Pelayo, dice Amador: «....no es posible dudar, de que si en el *Arca Santa*, (monumento el más antiguo que España posee de este género y que tiene inscripciones cúficas) y en otras preseas del mobiliario sagrado, tales como el riquísimo frontal de Santo Domingo de Silos... se hermanaban en cierto modo los elementos decorativos del arte cristiano y del arte arábigo, en la *Arqueta de Santa Eulalia* poníase el último por entero al servicio de la liturgia católica, no sin dar testimonio en las cruces y otros ornatos que la enriquecen de aquella singular manera de consorcio, que hemos sido los primeros á determinar en la historia de las artes patrias, con la denominación, ya universalmente admitida, de *estilo mudejar*...»

En el tomo IV del referido *Museo*, puede consultarse la monografía referente á la pintura mural de Toledo y estudiar en ella la trascendental conclusión y enseñanza, de que en reemplazo de tapicerías á «paños historiados» suspendidos en los muros de los palacios, y que representaban generalmente asuntos de venación ó cetrería, se colgaron también sargas pintadas y se simularon con pinturas esos tapices, «paños historiados» y sargas.

Todo esto se sabía—ó debía saberse—por los impugnadores de la opinión de Rafael Contreras acerca de las pinturas de la *Sala de la Justicia*; todo esto y mucho más aún, porque los estudios de D. José Amador de los Ríos, son admirable manantial bibliográfico; y, sin embargo, nadie recurría á esas fuentes, y se retorcían las noticias y opiniones de Dozy, y con especial satisfacción

se tergiversaban en contra de la cultura y el saber de los árabes españoles, los testimonios de los historiadores antiguos y modernos de todos los países.

En este estado, y latentes aún las tremendas aseveraciones de Simonet en el estudio que he citado acerca de los moros de Granada, el inteligente arquitecto de la Alhambra, Sr. Cendoya, tuvo la fortuna de comenzar á descubrir peregrinos restos de cerámica y las pinturas de la *torre de las Damas*.

Que aquí hubo importación de útiles orientales ó de obras del Oriente, lo proclaman esos descubrimientos: fragmentos de vasijas con carátulas asirias en los cuellos; la cabecita de estatua de mujer con tocado asirio; los patos ó pavos con cabeza de hombre asirio; los azulejos con figuras de guerreros, hombres y animales. Relacionando estos descubrimientos con los tres magníficos azulejos con figuras que desde hace muchos años se guardan en el Museo de la Alhambra y que descubrió Rafael Contreras, y con las pinturas de la *sala de Justicia*, y las de la *torre de las Damas*, ensayé la teoría de que antes he hablado—y en la que aún más me afirmo hoy, después de otras investigaciones y estudios;—hé aquí lo que escribí entonces: «la cerámica de Elvira, las influencias y las obras de estilo oriental y los códices antiguos españoles podían constituir los orígenes de un arte hispano-musulmán...; los códices, las cerámicas y las pinturas del estilo de las descubiertas en la *torre de las Damas*, representarían el periodo de desarrollo de ese arte, y las pinturas de la *sala de la Justicia*, la cerámica á que pueden servir de tipo los admirables azulejos del Museo de la Alhambra y las múltiples obras de carpintería (arquetas, etc.) el arte á que corresponde el tiempo en que los moros y judíos *osaban pintar* á Jesús, á la Virgen y á los Santos, y que la Católica Isabel creyó deber piadoso impedir como tal profanación»... (R. cédula de 21 de Diciembre de 1480.)

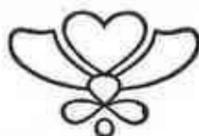
Y aquí termino, mi buen amigo, recordando á V. que las pinturas de la *torre de las Damas* semejan las de los «paños historiados», las de las casitas de Persia descritas por Ruy González de Clavijo y Silva y Figueroa en las relaciones de sus embajadas á aquellos remotos países; recuerdan las miniaturas de los códices y los motivos de ornamentación del mobiliario y decoración mural en piedra, de que hay interesantísimos ejemplos en toda España y muchos en Galicia y Asturias; y cito á este caso los de trascendencia que menciona Balsa de la Vega en sus *Notas arqueológicas* respecto de Betanzos y otras poblaciones, sin olvidar esta importante nota del Monasterio de Villanueva (siglos XI-XII): «En un capitel de portada—dice Balsa—hay esculpido un curiosísimo asunto relacionado con la montería. Una dama se asoma á una torre; un caballero, seguido de su perro, se despide de la dama, vá de cacería. La

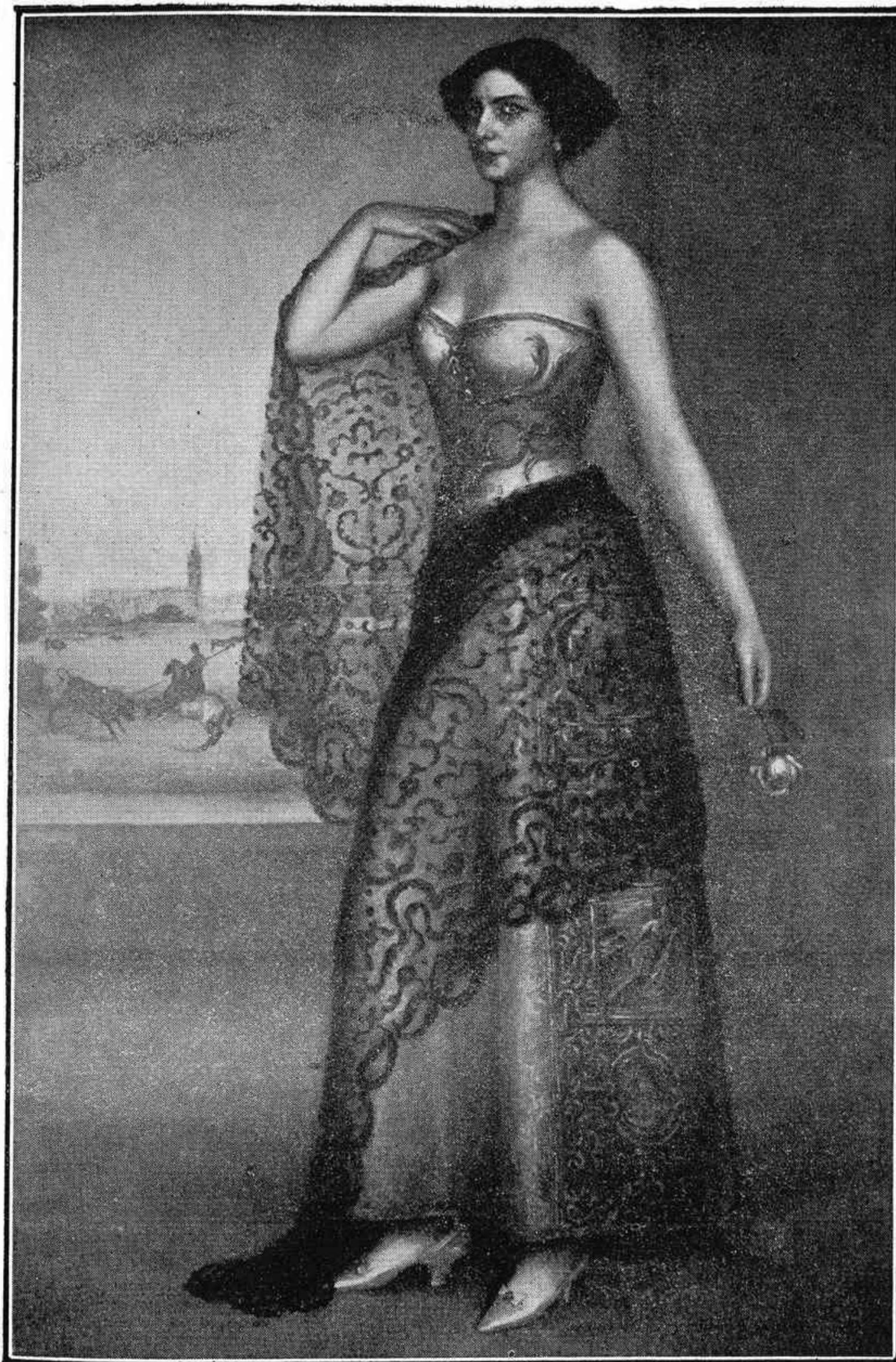
dama llora; el caballero no ha de volver en vida á sus brazos»... (*Bol. de la R. Academia gallega*. Marzo de 1912).

No cierro esta carta sin consignar un dato que en mi citado estudio acerca de la pintura recogí: táchase aún como falsario en todo al famoso P. Echevarría, solos el ilustre Riaño y yo lo hemos defendido; pues bien: ahora resulta que entre todos los que escribieron de las pinturas de la *sala de Justicia* desde fines del siglo XVIII hasta que Contreras encauzó esta cuestión, el único que opinó que en esas pinturas se advierte *que había árabes que sabían dirigir el pincel*, fué el calumniado sacerdote arqueólogo é historiador.

Sabe V. cuánto le quiere su buen amigo y paisano,

FRANCISCO DE P. VALLADAR.





PASTORA IMPERIO

Cuadro de Julio Romero de Torres, que figura en la actual exposición de Madrid.

LA PARÁBOLA DEL VISIONARIO

Se detuvo, y mirando
al robusto zagal que apacentaba
su rebaño, á la orilla de un arroyo,
preguntó:—¿Cuánto falta,
pastor, para llegar á aquella torre
que junto al horizonte se señala?—

Miró el pastor, curioso...
miró... mas no vió nada...
á lo lejos, tan solo se veía
el cielo que abrazaba á las montañas...

Y el triste visionario
continuó su marcha
mas pálido que nunca... Primavera
perfumó con su beso la mañana.

*
* *

Junto al mesón, á un lado del camino,
tomando el sol, la viejecita hilaba...
El visionario dijo:—Viejecita,
que hilas lino en tu rueca; por la plata
de tus cabellos; que tus ojos vean
tus tres mozas casadas...
¿No podrías decirme
por piedad, cuánto falta
para llegar á aquella esbelta torre
que se yerque detrás de las montañas...?

Y la vieja miró, mas, solamente,
vió que era azul y quieta la mañana.

Y el triste visionario
continuó su marcha...
Dicen que ha preguntado á mucha gente
por la torre lejana...

Yo lo ví, con los ojos del espíritu,
y... andaba... andaba... andaba...

*
* *

¿Jamás, por vuestra puerta, pasó algún visionario?
Andando... andando... lo hallareis cualquier día,
en el yermo camino, sombrío y solitario
que va hacia la ciudad de la Melancolía...

Sabreis quién es, por pálido, y altivo y haraposo;
ancha frente; la larga melena desgredada...
Antes que oigais su paso, pausado y fatigoso,
sentireis por la espalda, que os quema su mirada...

¡Ojos de visionario, tan tristes y profundos,
que esperais otros hombres, y que veis otros mundos!

¡Ojos de visionario, enseñadme á mirar
á esa torre lejana, á que no he de llegar!

ADOLFO APONTE.



LOS GRANDES ESCULTORES

JULIO ANTONIO

—¿Quieres que demos un paseo? Ya he trabajado bastante esta tarde—me dijo Julio Antonio.

Asentí y salimos del estudio que tenía el artista en aquella apartada pla-



JULIO ANTONIO

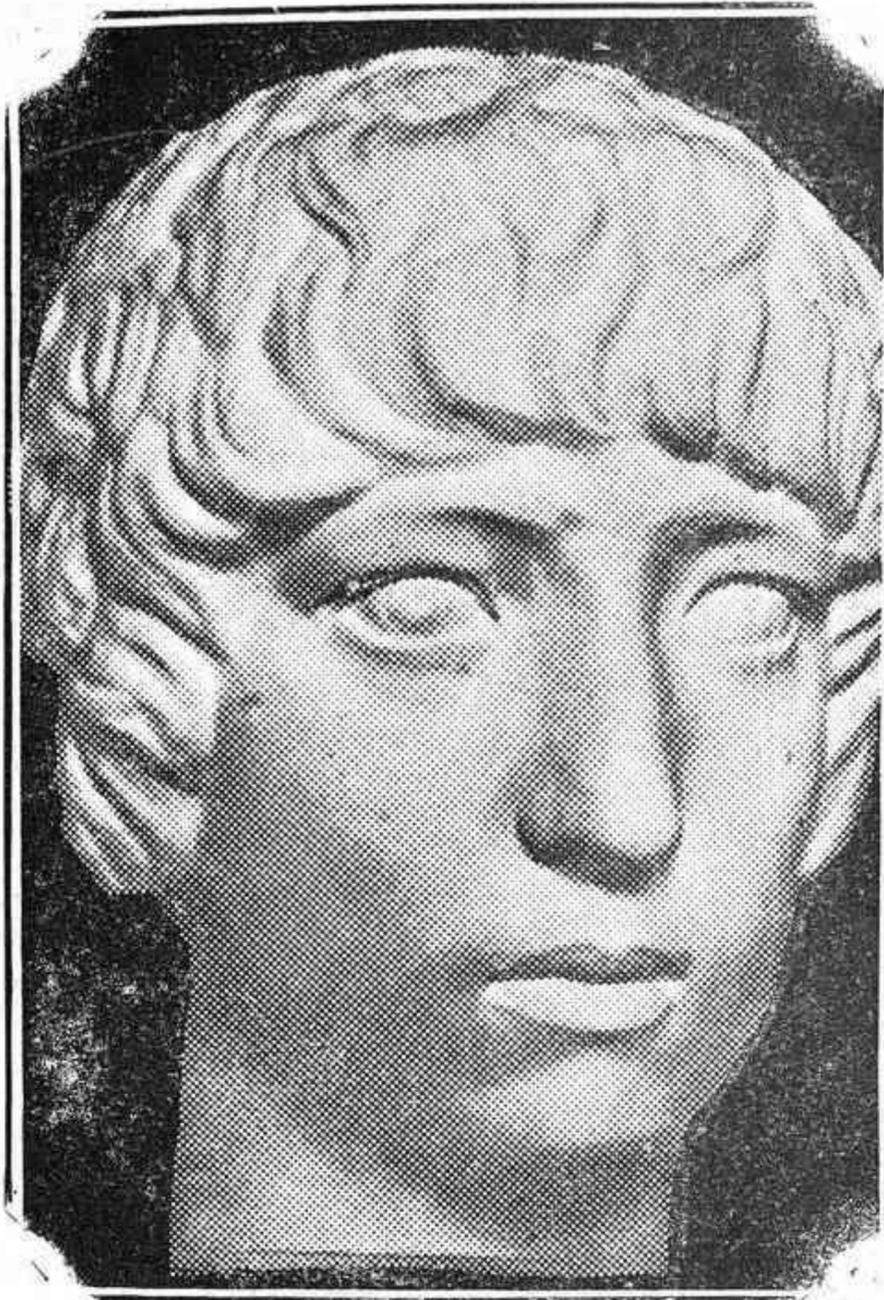
zuela de los Tricares del blanco Almadén del azogue, dirigiéndonos al humilde paseo del Ovalo, atalaya de las fundiciones del mercurio, visitado en aquella hora de la caída del crepúsculo por unos cuantos viejos mineros, dolorosamente enfermos, que me pareció miraban con intenso rencor á los cercos de fundición causantes de la tragedia de sus cuerpos caducos.

En un rincón del paseo, apartados de aquellas pobres víctimas de un trabajo cruel, Julio Antonio y yo hablamos de arte.

El ambiente invitaba á la confidencia; la tarde era tibia, de una infinita calma; habían cesado los trabajos de catacción de la rica piedra mercurial y no pasaban por el Ovalo las rechinantes wagonetas que en las horas de tráfigo minero turban la paz de aquel humilde paraje de recreo; la puesta del sol,

allá abajo, hacia la corriente del Guadiana, en el confín, era de una majestad suprema, de arreboles magníficos; se quebraban los rayos en púrpura y nácar y nacían encajes sutilísimos, de filigrana; contemplando aquellas bellísimas lejanías, sentíamos una emoción de amor á la Quimera...

—Ahora quiero hacer un Bautista,—decía Julio Antonio,—algo supremo, divino, darle aquella angusta serenidad que exacerbó á Salomé hasta llevarla al paroxismo de la pasión; he de hallar el perfil majestuoso y sencillo para luego un conjunto perfecto, de armonía seductora; conceder á la carne toda la gracia de la vida y encantarla luego en el suave misticismo que presidió esa vida misma; que salga la obra completa, sin efectismos poniendo en ella el alma de que la concibió, haciéndola de

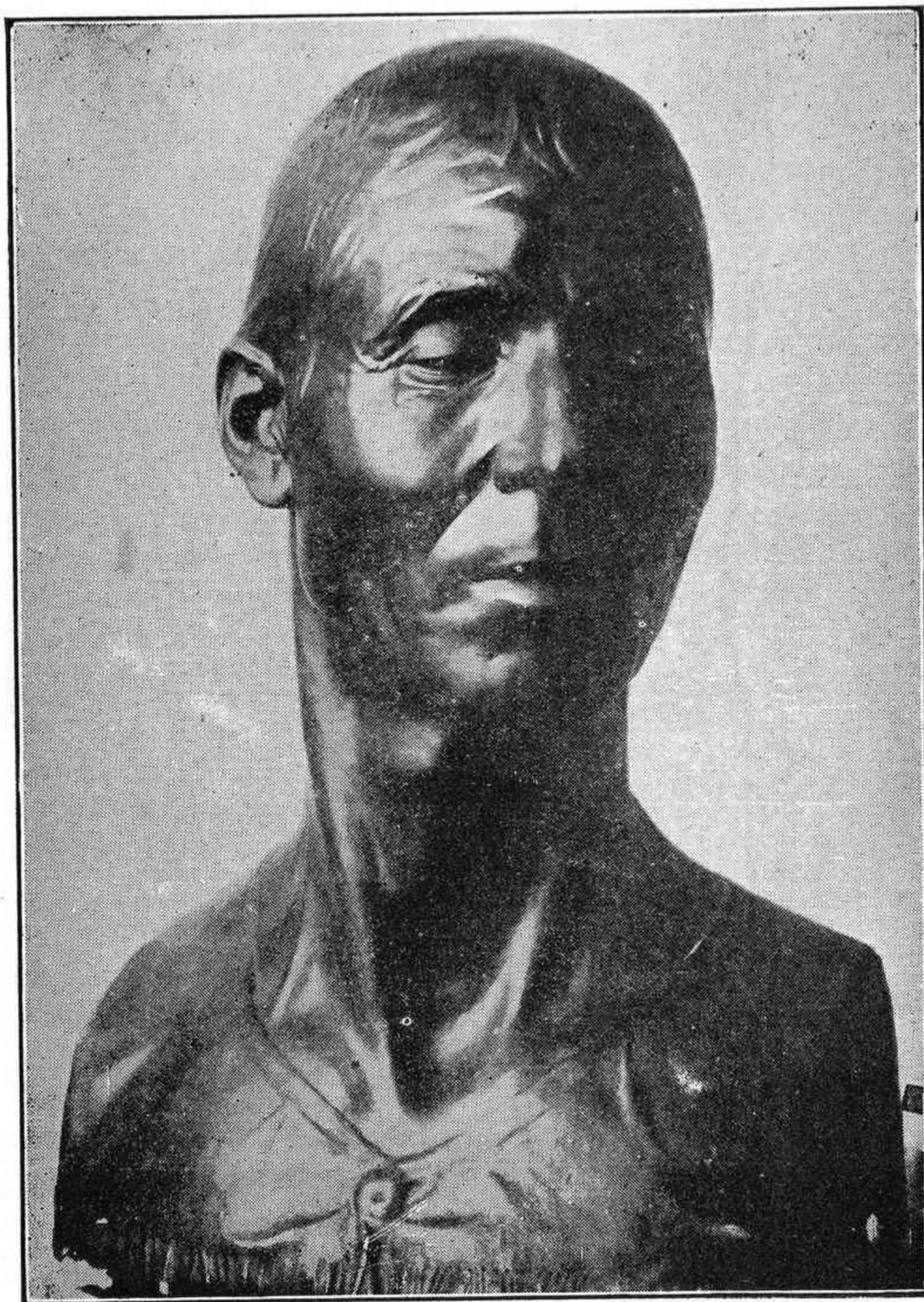


ESTUDIO

la grandiosidad de la inspiración, ofrendándole, en fin, el nervio del artista, el cariño del enamorado de ideales infinitos; y así tendremos una escultura nuestra que triunfe de mercantilismos y que se sobreponga á lo efímero del tiempo, que no sea de hoy ni de mañana; que lo resista todo y que perdure siempre, porque de otro modo no merece uno que le digan que se dedicó al arte.

Ya sabes tú mi retraimiento de las Exposiciones que se hacen en nuestro país; con cositas muy pulidas, de fragilidad de merengue, faltas de fuego artístico, áridas, secas, sin nada que las salve de un naufragio inmediato; si mi ruta había de ser esa, yo no hubiera empezado la labor que llevo; creo firmemen-

te en una reacción del espíritu popular y tengo esperanzas sólidas en que las muchedumbres, interesándose en estas cuestiones de arte, echarán abajo los



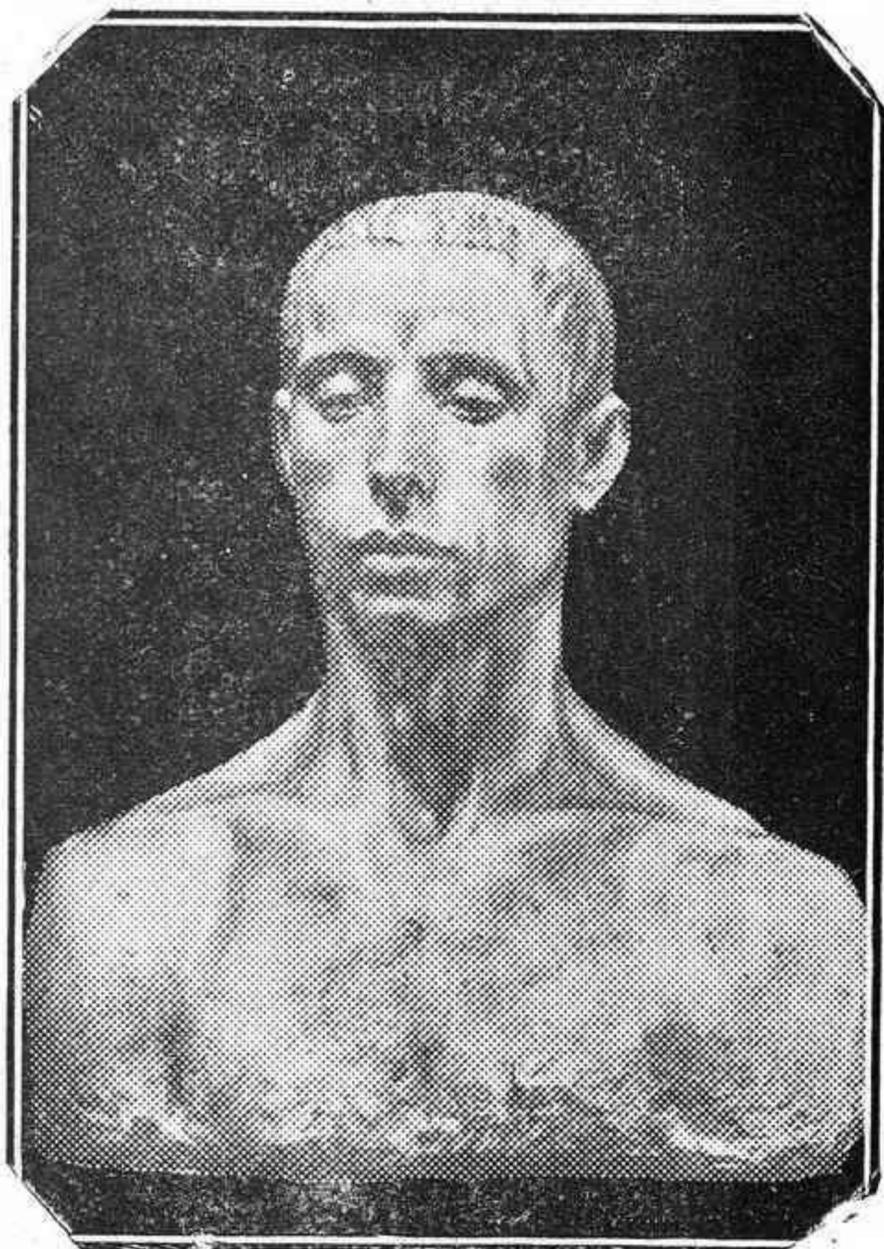
HOMBRE DE LA MANCHA

falsos prestigios y dedicarán una mirada de elogio á las obras que sean capaces de producir una emoción definitiva.

—Pero es que al público hay que ir á detenerle en su camino de indiferencia; no es posible encastillarse y vivir en un tenaz retraimiento; yo opto por las batallas constantes, por las declaraciones de rebeldías, por quitar terreno á los que se lo apropiaron injustamente; y para esto hay que salir á la palestra, acudir á donde acudan los mercantilistas que le apoyan en un renombre arlequinesco..

Julio Antonio no participó de mi modo de pensar; fogoso, con el calor que pone en su pintoresca charla, siguió diciéndome:

—No estás bien orientado. Un día ú otro, cuando menos lo creas, llegará esa reacción; y habrás de ver cómo carabanas de gentes convencidas, sin que nadie las llame atraídas solamente por un santo amor al verdadero arte, amor que vive siempre aunque no se manifieste como y cuando sería de desear, acuden á rendir homenaje de admiración á las obras que concibieran los ungidos por la gracia artística; y las buscarán por aldeas y villorrios, inflamadas las gentes peregrinas en un divino deseo de reparaciones, como se buscan ahora en sitios donde hubo ciudades hoy desaparecidas los restos que dicen de una edad de arte, para consuelo de tantas miserias como nos rodean en estos años actuales.

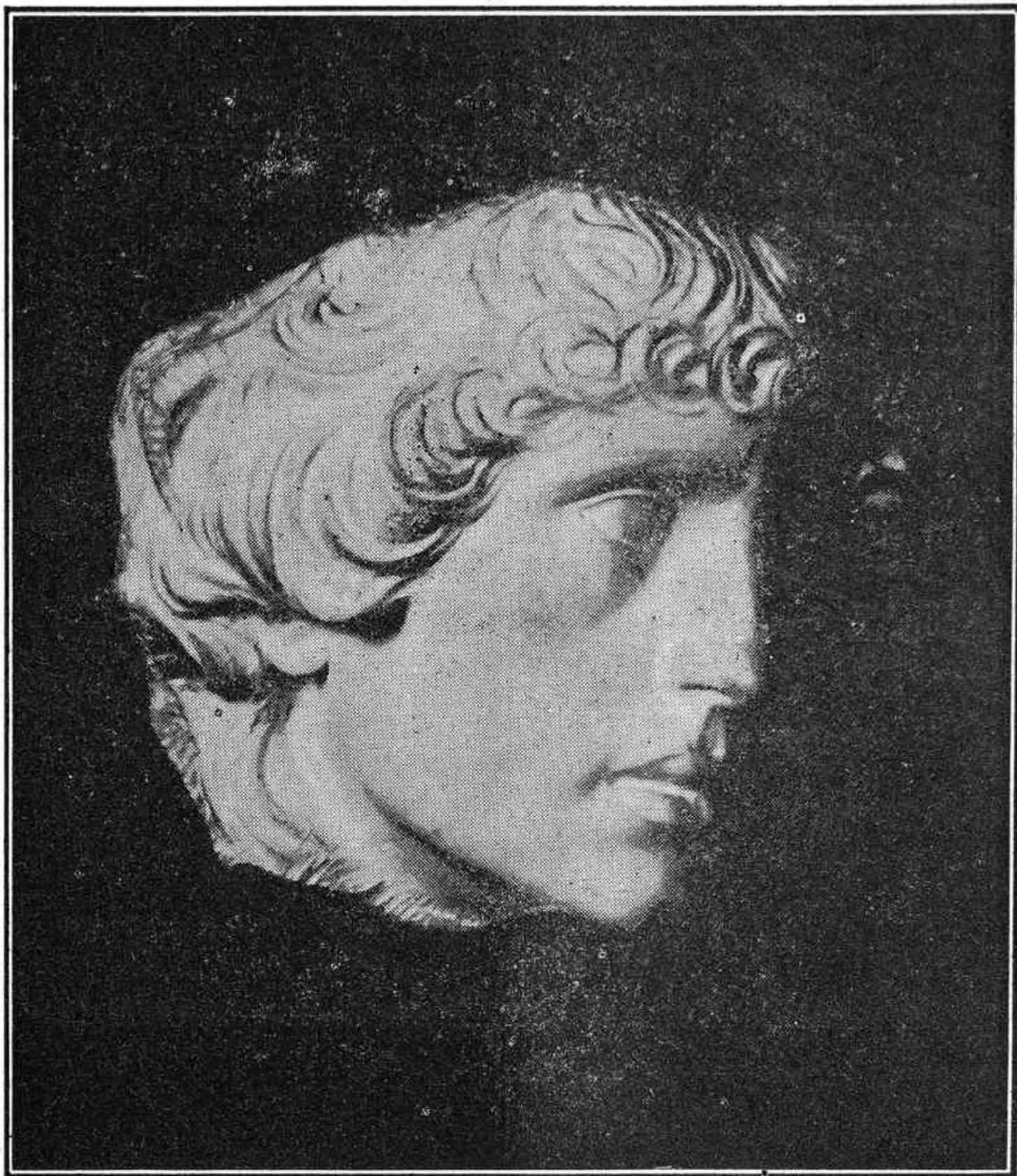


ESTUDIO

Y luego, ¿no sería de una belleza enorme, de un triunfo incalculado, el que lejos de pueblos, apartados del tráfico, asesiado de la sencillez y de la necesaria quietud para hallar líneas serenas, de paz, recibieran los artistas el tributo de cordial devoción que les brindasen los hombres venidos de cada pueblo y de cada tierra?...

Julio Antonio, parecía un iluminado; su mirada iba allá, lejos, diríase que estaba fija en la visión evocada, como si al cabo del tiempo hubieran llegado ya las amadas realidades.

Enfrente de nosotros, dando envidia á las chimeneas de los hornos de calcinación del azogue, se erguía arrogante el cerro del Castillo, puntiagudo, esbelto como una veleta; abajo, en la ladera, los pequeños montículos y las blancas crestas de la piedra de cantería, semejaban cabezas de humanos domi-



CABEZA DE ESTUDIO

nados por aquel gigante que remata en una humilde ermita donde hay una virgen morena y chiquita; Julio Antonio señaló al cerro y me dijo:

—Mira; parece que en el crestón del Castillo hay alguien que habla á los de la ladera. ¡Cómo sonaron allí las palabras de un triunfador!...

¡ Fíjate bien en aquella majestuosa serenidad de los montes.

Ya se había puesto el Sol: en el Ovalo no quedábamos más que nosotros; se marcharon con sus rencores los viejos mineros temblorosos; abajo en los grandes cercos de fundir, tampoco se notaba movimiento; tenía todo una tregua para reinar con la solemne y grata caída de la tarde otoñal; y del lado del pueblo vinieron á envolvernos silenciosamente las primeras sombras, mientras que en el cerro del Castillo y en las crestas de las canteras aún había rayos de luz.

*
* *

Casi todos los críticos han hablado con entusiasmo de la labor de este joven artista, menos conocido de lo que se merece; entre la brillante falange de hombres nuevos que han de dar honra al viejo solar castellano, Julio Antonio figura en primera línea por sus méritos indiscutibles, acatados por cuantos siguen línea cierta en la senda del arte.

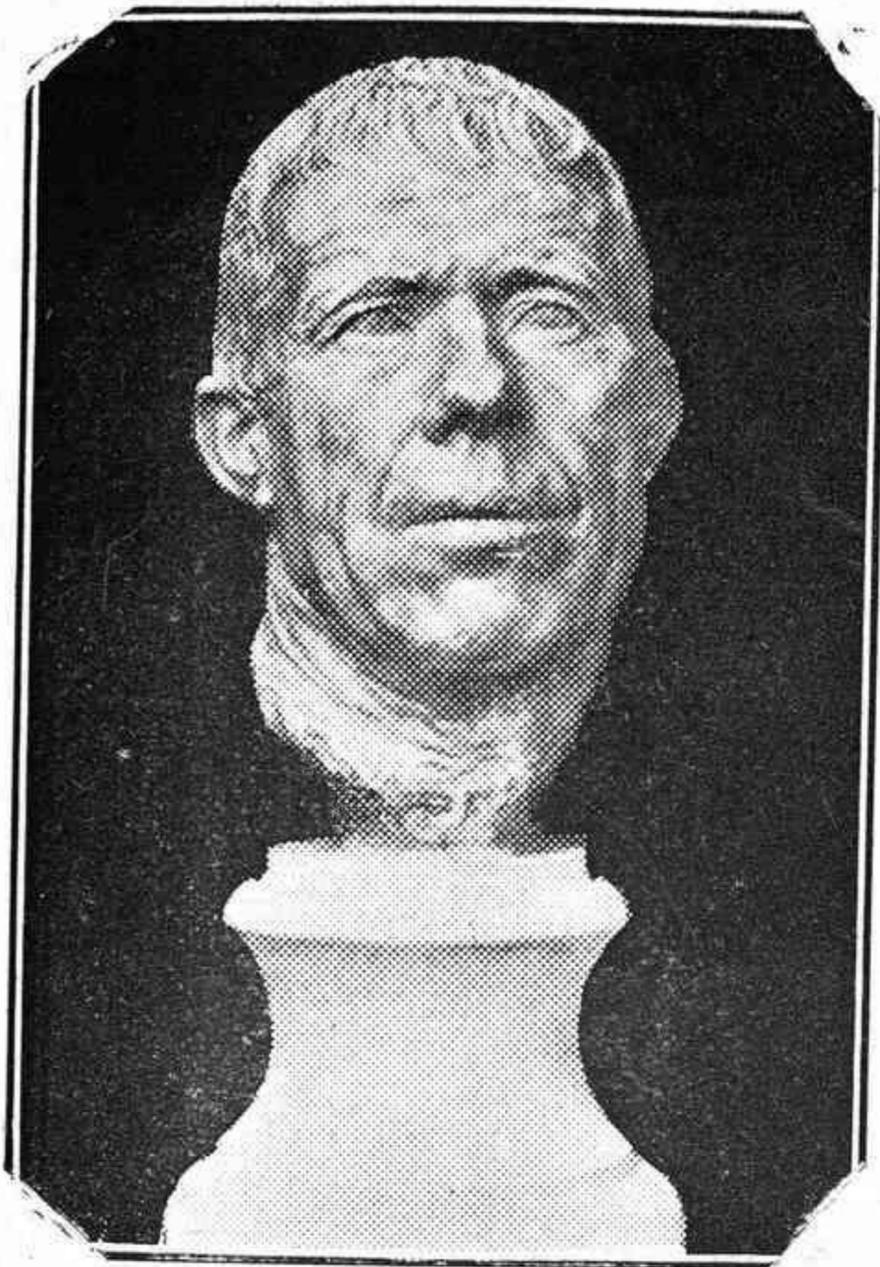
Hace poco, unos cuatro años escasos, nadie sabía una palabra de este muchacho sencillo, admirablemente ingenuo, que desde la provincia de Tarragona, donde nació, fué á pasar sus primeros años de juventud á tierras de Levante, viniendo luego, cuando tenía 18 años, á la región manchega;

en la dolorosa Almadén, pulcra y triste, vivió bastante tiempo, y allí le conocí yo cuando empezaba á iniciarse en los infinitos misterios del arte.

Una noche, en una reunión de amigos dados á la zambra y á la bagatela, me presentaron á Julio Antonio, que entonces era admirado por una rara habilidad para tocar la guitarra y cantar cosas *jondas* con maravilloso estilo.

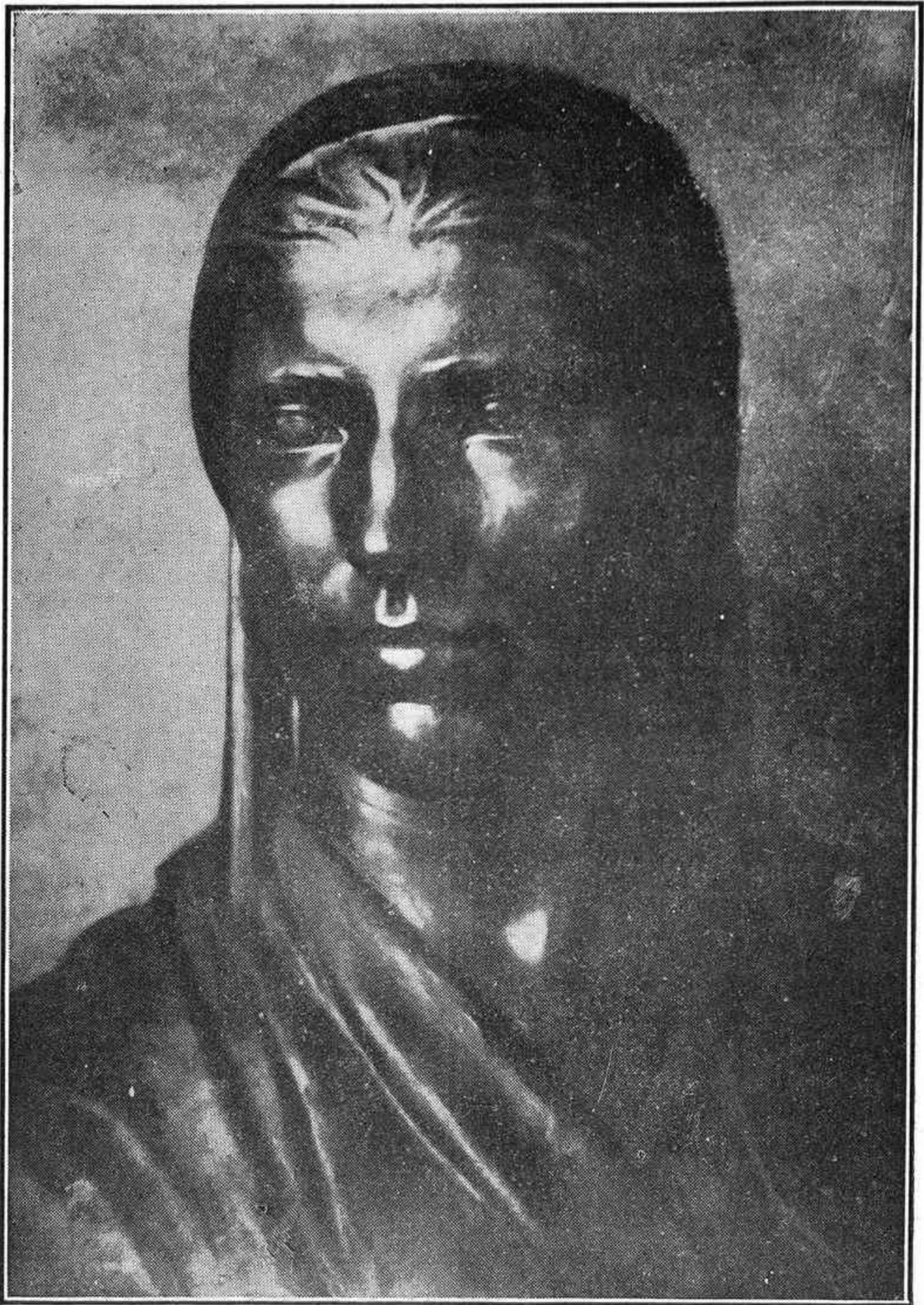
Hablamos calurosamente de bellos idealismos, exaltados por nuestra juventud, y poco tiempo después me dijeron que Julio Antonio había desaparecido un día de su casa de Almadén, yendo á Madrid con sus ensueños y con su fuerte temperamento de artista.

Nos volvimos á encontrar en la Corte; el formidable muchacho estaba en el



ESTUDIO

estudio de Miguel Blay, de donde salió enseguida porque su hermosa rebeldía no encajaba en el taller de un indiscutible, en el cual los discípulos habían de



UNA MUJER DE LA MANCHA

sujetarse á ciertas normas para salir arregladitos conforme al patrón del que los había formado.

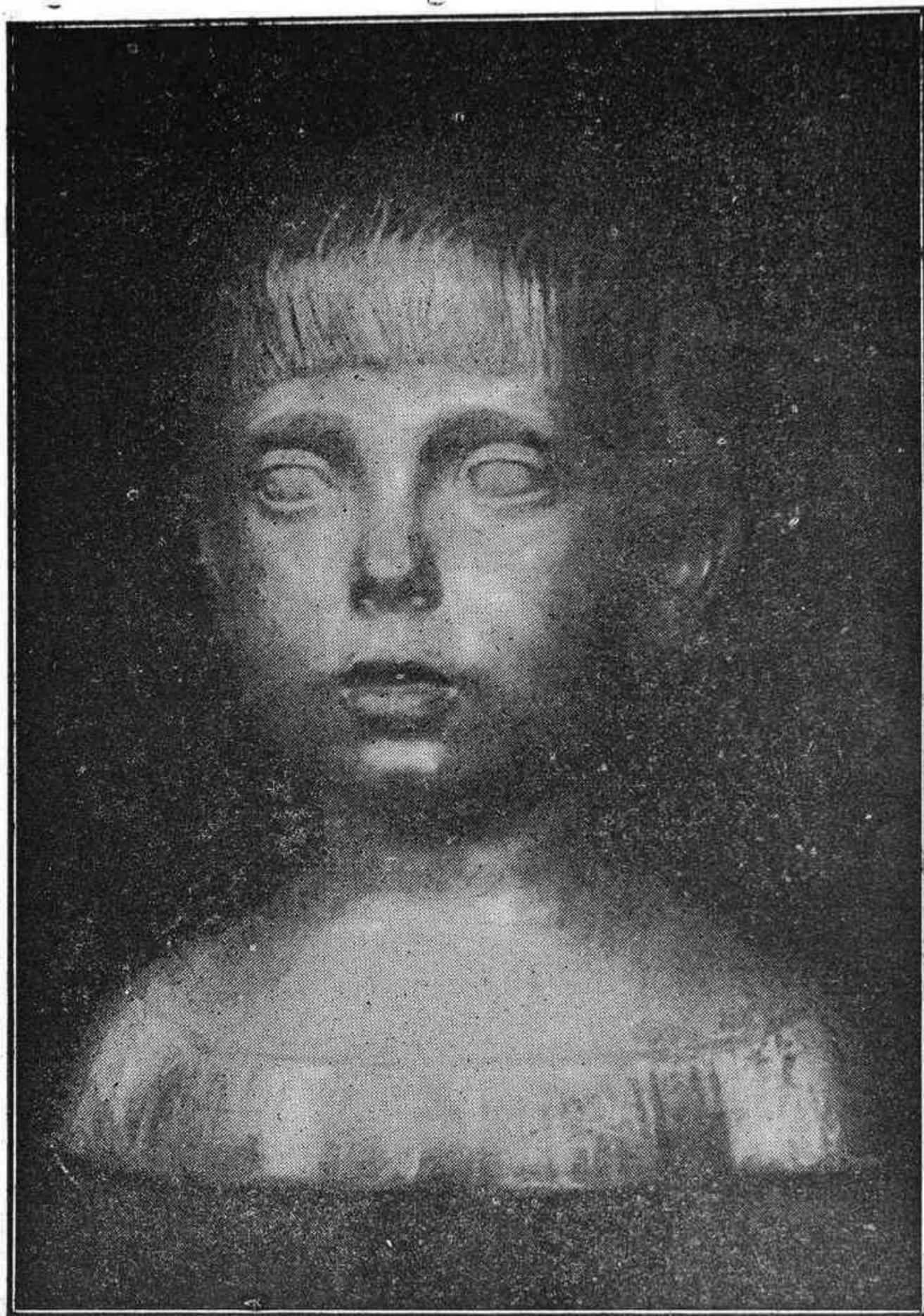
Se empezó á comentar el brío del nuevo escultor y Eugenio, Noel le entregó su primera novela para *El Cuento Semanal* á fin de que se la ilustrase, pues



LOS OJOS VACÍOS

Julio Antonio había mostrado unos soberbios dibujos que denotaban una personalidad admirable.

Aquellas ilustraciones fueron celebradísimas, como también las que enriquecieron algunas obras del genial Ramón Gómez de la Serna, ese espíritu innovador é inquieto que sabe decir bellezas peregrinas en un estilo recio, prin

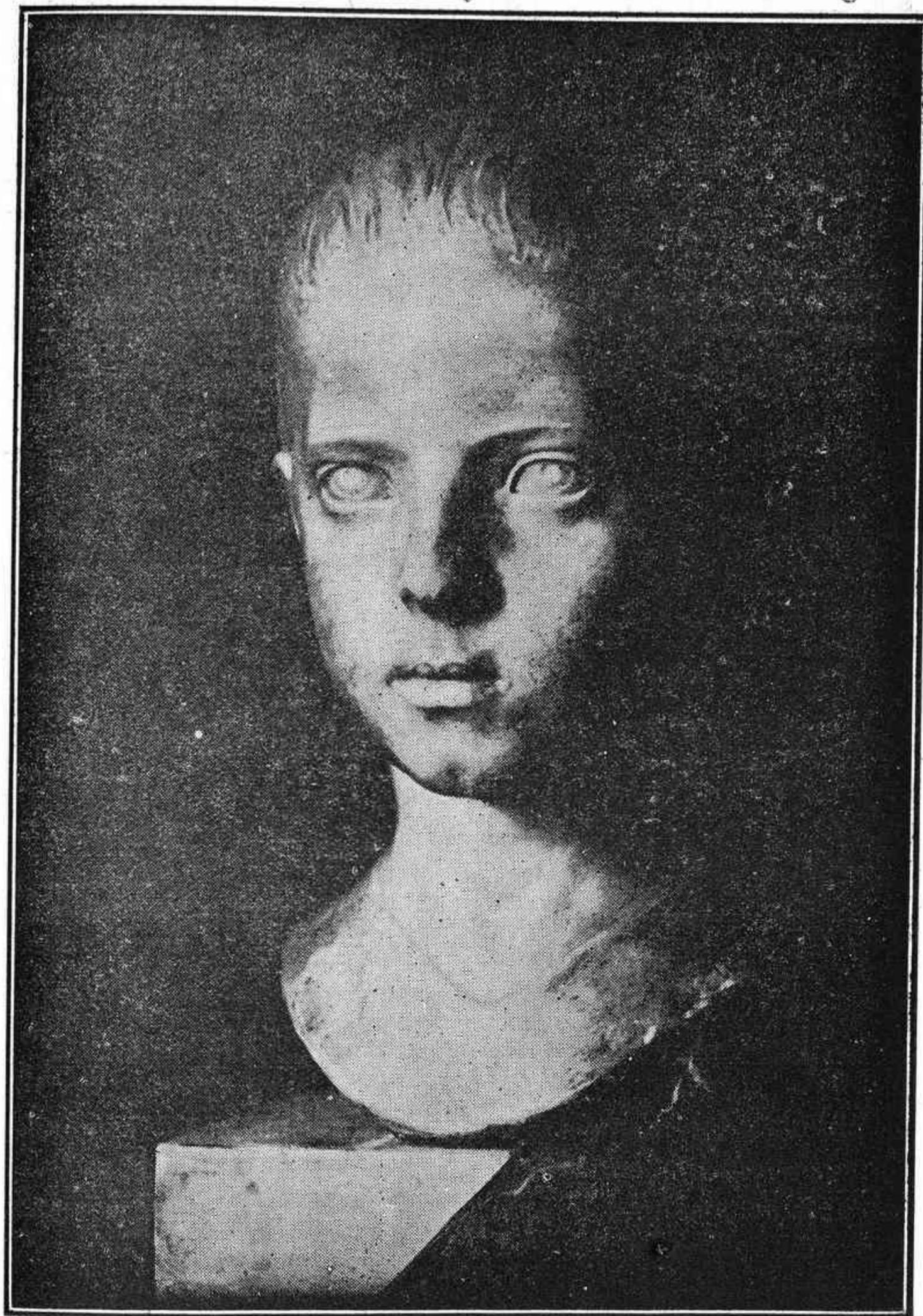


CABEZA DE ESTUDIO

principalmente una maravillosa portada que enjoveloó el drama *El palacio deshabitado*.

Mientras en las tertulias madrileñas donde se reunían artistas se hablaba del

camarada que de modo definitivo pedía plaza en primera línea, Julio Anto-



CABEZA DE NIÑO

nio, que se había reintegrado á su casa de Almadén, trabajaba en algunos bustos que habían de abrirle la senda del triunfo,



BOCETO PARA LA ESTÁTUA DE «LAGARTIJO»

María, la negra, querida del Pernal, y Eloisa,—mujer ésta de la cual recibió Julio Antonio una definitiva caricia de la afilada punta de un puñal tras unos violentos días de amor,—fueron las primeras obras que el joven escultor llevó á Madrid, exponiéndolas al público en un saloncito que formaron los discípulos del pintor Chicharro; los críticos imparciales, y de modo más significativo los jóvenes que se orientaban en contra de las relamidas producciones de los caducos, señalaron la aparición de un escultor netamente español, ajeno á toda influencia capaz de coronar el triunfo con su robusto genio creador, y le alentaron con fraternales palabras.

La labor posterior á aquella primera victoria, aparece ahora en las páginas de NÓMADA, y es tan rica como varia:

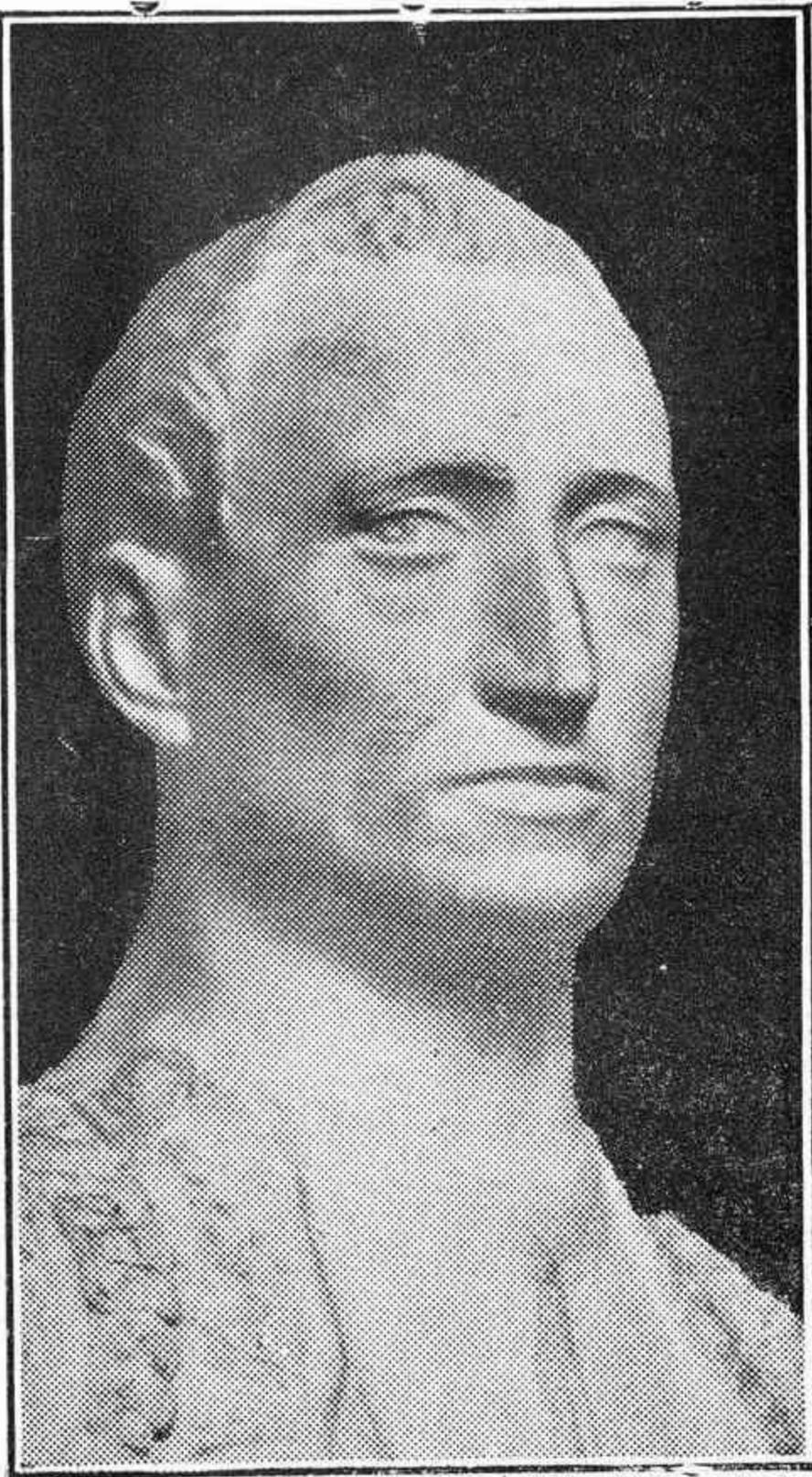
Cabeza de niño,—de una serenidad, de una inmensa dulzura que evoca la grandeza de las obras maestras; *Los ojos vacíos*—la tragedia en toda su extensión; si viérais ese bronce, habríais de sobrecogeros. Julio Antonio ha escrito en aquella frente que se inclina, en aquellos labios dolorosa y sencillamente plegados, la historia acerba de los ojos sin luz, que atraen como los de las hieráticas esfinges, fuentes del misterio; *Tipos de la Mancha,*—son los hombres y las mujeres de mi tierra llana, intensos, trabajadores y resignados; ejecutorias de vidas sosegadas; libro-registro de gentes que no

sufren alteraciones: mansedumbre, fuerza, simplicidad; acaso se adivina si se escudriña bien unavisión quimérica, un destello de aventura, porque jamás muere nuestro Señor Don Quijote...

Y no solamente estas obras que cito merecen la alabanza de la crítica y el unánime aplauso del público; todas las que nos vá ofreciendo el coloso cincelador, muestran el prodigio de su talento y la gloria de su personalidad, honra de nuestro país.

Recientemente se ha hablado de una estatua que había de erigirse al monumental Rafael Molina, llamado también *Lagartijo* Julio Antonio, autor del proyecto de esa estatua, ha hecho una cosa tan maravillosa, que encarna de tal modo el alma de la España taurómaca, bravía y elegante, altiva y graciosa, de orgullo y floreos, que cuando se conozca dicha obra habrá de tributarse al excelente artista el elogio justo y definitivo.

En la piedra que ha de glorificar la memoria de *Lagartijo*, artista singularísimo que rindió á las muchedumbres poniendo cátedra de esta inmortal valerosa elegancia que cuajó en los españoles, quedará para siempre la valía del escultor Julio Antonio, que llegó al alma de España y supo reproducirla luego en el barro de modo perfecto, con toda la gracilidad de que es señora, para que aliente aún nuestro optimismo y creamos en nuestra fortaleza, hecha de arrojo y galanura, y también para que renueven nuestros bríos y vuelva á nosotros la serena altivez de los abuelos guerreros y lidiadores, arma para conquistar pueblos y corazones.



CABEZA DE «LAGARTIJO»

*
* *

Después de haber visto la *María, la Negra, querida del Perna'es*, Bernaldo

de Quirós, que no conocía á Julio Antonio, le escribió una efusiva carta y le pedía un retrato del busto de la gitana para que fuera el mejor documento de fé en una obra que el notable criminalogista preparaba acerca del bandolerismo andaluz; Bernaldo de Quirós decía que en la *María la Negra*, de Julio Antonio, estaba el poema de la audacia del bandidaje en toda su fiera hermosura.

A Ricardo Baroja, el admirable pintor de los aguafuertes, sincero como pocos, el dulce encanto de *Cabeza de niño* le hizo decir esto: junto al *Niño que sonríe*, del padre Donnatello, he puesto esta obra del divino escultor Julio Antonio.

Un pintor cordobés, gloria indiscutible de España, mil veces alabado, y aún no lo fué bastante, y claro está que aludo á Julio Romero de Torres, dijo una vez, no há mucho, con esa ruda y honrada sinceridad que es timbre de su carácter:—De Berruguete á Julio Antonio; así defino yo la escultura española.

*
* *

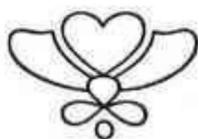
¡Abramos el pecho al optimismo y florezca en nuestros corazones la ilusión, al mismo tiempo que inunda nuestra alma el sol de la alegría!

Tierra de artistas, esta santa tierra española á cada momento remoja de su fama y riega con generosidad el verde laurel de su victoria, que paga el favor aumentando una rama más á su hermosa frondosidad.

En la legión de jóvenes enamorados del arte que siguen rumbo al bello país de la Quimera, cruzando los mil senderitos del Ensueño, está la amada esperanza de un renacimiento magno:

Y bien puede afianzarse esta esperanza cuando uno de los legionarios es este Julio Antonio, escultor del alma brava y galante de España, pueblo inmortal.

LEOCADIO MARTIN RUIZ.



LA VIEJA LOCA

*Para Andrés González Blanco,
que, como Rodembach, canta la
mansa vida provinciana.*

¡En la aldea
qué saben de sentimiento!

JUAN R. JIMÉNEZ.

«La vieja loca» llama en el pueblo la gente
á una anciana que sueña y que tiene esperanza;
ella aguarda el regreso del novio—siempre ausente—
ginete en una nube, allá por lontananza...

La sonrisa en su boca desdentada yo he visto
evocando al amante que soñó siendo joven,
leyendo una mañana el «Conde Monte-Cristo»
ú oyendo una sinfónica «Pastoral» de Beethoven.

Y he visto en sus pupilas brillar fugaz destello
de añoranza, al pensar en aquel vals pausado
que derramó en su oído una dulce canción

de ensueño y esperanza, y he visto en su cabello,
que parece de nieve por la edad, un dorado
rizo que prendió fuego en algún corazón...

JUAN GONZALEZ OLMEDILLA.



CUENTOS

DE

«NÓMADA»

TRAGEDIA DE VILLANOS

(PREMIADO EN NUESTRO CONCURSO)

INVOCACIÓN

Altos rob'es de la Mancha famosa; los que dísteis fuertes lanzas á Don Quijote; los que sobre el pálido yermo dais abrigo al viajero cansado; quisiera que mis palabras tuvieren la reciedumbre de vuestras fibras, que fueren agradables como el blando murmullo de vuestras hojas.

Viento que resbalas impetuoso sobre la estepa de la nueva Castilla; tú que al oído del caminante fatigado finges el eco de voces amigas; tú que al pasar sobre la tierra árida recuerdas, sentimental y consolador, el rumor de la verde espesura y de la clara fuente; á tí quisiera yo confiar esta historia, para que sobre el yermo la repitieras.

Claro Guadiana que corres oculto entre infecunda arena, y solo en separados trechos asomas á tierra tu faz de plata, vistiéndola de alegre verdor; quisiera que mis palabras penetrasen en los espíritus, llevando la regada frescura, que llevan tus linfas, á la tierra abrasada.

Tierra de la Mancha famosa, que, solar de Don Quijote, fuistes engarce esplendoroso del diamante más fino; Cenicienta de España, amada del príncipe Ensueño; porque eres pobre y orgullosa; porque eres soñadora y desdeñada; considera tu espíritu para que pueda contar dignamente este drama que en tí acaeció; porque en el alma de sus personajes se adentró tu alma; porque fueron, como tú, pobres y desdeñados.

I

Erase un villano ironista, que desdeñó el mundo con las tres facultades de su alma; y ganó su pan cotidiano de un modo peregrino y burlesco, haciendo de su vida un comentario de la vida toda. Erase histrión y representaba coloquios sagrados y profanos, imitando á los papas y emperadores, sin respeto por su majestad y poder, y así andaba



ADOLFO REYES GUILLÓT

de aldea en ciudad, con la alegría en el gesto, el donaire en la boca, y la indiferencia en el alma.

Representaba en el atrio de las iglesias, y bajo el cobertizo de los mesones, divirtiendo al plebayo y al hidalgo, que le concedían sus dones según su calidad. En las bodas campesinas improvisaba alegres epitalamios, al modo de Teócrito, hasta que el vino hacía su voz difusa, y en las fiestas de los señores, ejercitaba las artes del bufón con demasía áspera y punzante. Odiaba á los poderosos, y gustábale repetir las palabras de Jesucristo.

Allegábasele el mozo picaril y la rapaza ingénua, el labriego socarrón y el ciudadano vanidoso, á pedirle el consejo de su ingenio y experiencia, y todos partían de junto á él alentados, aunque él llevase el desaliento en el alma. No sabía este villano de las ciencias que á los hombres enorgullecen, varias y deleznable; sino de las emociones sutiles, y sentimientos buenos y perversos, á que se sujetan, y así trataba al ciudadano y al labriego, á la rapaza y al mozo, no según su gesto y cortesía, sino según veía el espíritu; y á veces reía cuando ellos suspiraban, y á veces se estaba grave cuando ellos regocijados.

Llamábanle Gil Galindo, y era bien proporcionado de miembros, y de gentil talante; de ojos despiertos y profundos, y barbas taeñas. Vestía una ropilla de burdo paño de Segovia, y una manta de Palencia que servíale de capa en la jornada, y de cobertura cuando dormía en los heniles de los mesones. Saciaba su sed en los regatos, y su hambre con lo que la caridad le concedía, y cuando acopiaba limosnas como salario de sus faenas, luego las repartía liberalmente entre los pobres sus hermanos sin nada guardar.

Pero aún siendo así, gustaba Gil Galindo de la compañía de las rapazas donairosas, á las que nada turba, y de despachar un jarro de buen vino entre alegres compadres, porque era de sana complexión, y despreciaba la hipocresía.

Así vivió largos años, hasta que sus barbas empezaron á blanquear, y el brillo de su mirada á apagarse; que entonces nadie supo de él. Dijéronle unos donado; otros muerto; corrieron lenguas maravillosas historias de su fin corporal y nuevo estado de su alma; pero nunca se supo lo cierto, y durante muchos años, las viejas, á las que cuando eran rapazas había dado consejos prudentes, rezaron por su salvación.

De este villano, que fué ironista con los poderosos y sentimental con los humildes, quiero contaros una espiritual tragedia silenciosa.

II

Una alberguería á la entrada de un burgo manchego. A la sombra de un cobertizo que tiene á la entrada, un pordiosero remienda su ropa, y frente á él, sentada en el borde de un pilón de abreviar, una moza le contempla indiferentemente. Es la hora de la siesta, y ni el más leve rumor turba la paz del burgo humilde.

EL PORDIOSERO

Arte es éste para manos de hembra habilidoso, no para las mías, ásperas y cansadas. Pudieras bien coser esta manta sin fatiga, porque el paño es fino, y la aguja entra sin lastimar los dedos. Si lo hicieras, Aldara, rezaría yo tres ave marías por tu buena ventura.

LA MOZA

Calle, hermano, que no soy criada de pobres.

EL PORDIOSERO

Debiérasme dar, que nadie lo viese, una hogaza y pernil ahumado, que la Señora Virgen premiaría tu caridad.

LA MOZA

Calle, que cansa.

EL PORDIOSERO

O un trago de aloque, que sería darme salud.

La voz lamentosa del mendicante se alza confusa y monótona, como un zumbido. Un mastín guardián, que á los pies de la moza dormita, descansando el hocico sobre las patas delanteras, que tiene extendidas con rigidez, le contempla de vez en cuando con inquietud. Es la moza garrida; y viste con limpia humildad albanega blanca, y zagalejo rojo, á la manera aldeanas.

EL PORDIOSERO

Acábase todo bien; henchido está el mundo de maldades, pero presto sonarán las trompetas del mayor juicio, y nuestro Señor lo dispondrá todo con cordura. Reiréme del noble, y del harto, y del galán y de todo lo que se empina.

Por el camino, blanco de polvo y sol, llega un viandante que se detiene á la puerta del mesón, y despues de saludar á la moza y al mendigo, se desembaraza de un hato que trae, y se sienta sobre él, á descansar.

EL PORDIOSERO

¿Viene de lejos, hermano?

EL LLEGADO

De lejos vengo.

EL PORDIOSERO

¿De más allá de Puerto de Rey?

EL LLEGADO

De allende Puerto de Rey.

EL PORDIOSERO

Allí es tiempo ferial; el dinero desprecian. ¡Todos se emborrachan! ¡Es una alegre vida!

EL LLEGADO

Tal es.

Tiene el caminante la barba taheña, y el rostro de firmes rasgos y expresión sosegada. Cuando ha descansado, saca de su zurrón un zoquete de pan y una cebolla, que parte con un cuchillo cachicuerno, y dá la mitad al mendigo; al acabar su refacción, pide agua con cortesanía, y ya satisfechas su hambre y sed, pregunta á la moza, que le contempla con curiosidad.

EL LLEGADO

¿Qué puebla es esta?

LA MOZA

Venta de Miranda.

EL LLEGADO

¿Y su gente?

LA MOZA

Gente honrada y de calidad.

EL PORDIOSERO

(Que ha reparado en el llegado con atención).

Bien, ahora os conozco. Vos sois Gil Galindo el bululú, que en Puebla de Miranda, dábais voces en el atrio de la Iglesia, con tono de hombre y de mujer. El caminante asiente, y luego, pensativo, vácia su zurrón. Trae en él un zayal de fraile y un colete de soldado; una corona de cartón dorado y un manto rojo.

EL PORDIOSERO

¡Con esos arreos bien podeis fingir desde clareado hasta anochecido!

GIL GALINDO

Hay para farsas de santos, de soldados y de emperadores.

LA MOZA

(Con ingénua curiosidad). ¿Cómo os fingís el santo?

GIL GALINDO

Sintiéndome humilde.

LA MOZA

¿Y el emperador?

GIL GALINDO

Despreciándolo todo.

Entrase la moza en la alberguería, y luego saca de ella un jarro de vino, que ofrece al bululú, en ofrenda de su admiración sencilla.

LA MOZA

Beba, hermano, que le hará bien.

EL PORDIOSERO

(Con ira). ¡Caridad de diablo es esa! daifa es la moza.

GIL GALINDO

(Brindando). A tu buena fortuna, rapaza, por blanda de corazón.

El pordiosero, con el ceño fruncido, le contempla beber. Luego, iracundo, échase la manta que zurcía, y requiere su cayado para marcharse.

EL PORDIOSERO

Si no sabes quién es esta moza, yo te lo diré, hermano. Si la pides su amor, te lo dará, porque esta es Aldara, que se entrega á todos los caminantes.

GIL GALINDO

Hombre que vive de por caridad, anda por el mundo sin cansarte, y pide sin tregua; ¡porque mucha caridad has de recojer para que te llegue á las entrañas!

El mendigo se interna en el burgo, blasfemando en voz baja, y el bululú procura consolar á la moza.

GIL GALINDO

¡Dios te guarde por siempre, Aldara, porque con tu vino y tu bondad has confortado mi cuerpo y mi espíritu!

ALDARA

(*Pensativa*). Dígame palabras de rey.

GIL GALINDO

Palabras de rey son las que dicen justicia y benevolencia, que las demás son palabras de tirano.

ALDARA

Dígame palabras de santo.

GIL GALINDO

Palabras de santo son las que dicen amor sin nada esperar; que las demás son palabras de codicioso.

ALDARA

Palabras de soldado bien las sé, que son alegres y mentirosas.

GIL GALINDO

¿Por qué fingir, rapaza? Te hablaré con palabras mías, con palabras de bululú, ni blandas ni suaves, porque fueron forjadas en un duro yunque de pesar. ¿Qué quieres, mujer, por tu vino?...

ALDARA

(*Meditabunda*.) Verdad decía el pordiosero... Madre me adoctrinaba: "No hay cosa tan buena como el amor, y no hay sino estar bien dispuesta para recibirle. ¿Con quién llega? madre, la preguntaba. "Llega con el mozo galán, con el viejo experto, cuando su llegar no se espera... Ahora á todo caminante digo: ¿Traes el amor, hermano?"

GIL GALINDO

(*Contemplándola con codicia*). No es el amor don de gente baja, sino principal; ni tampoco del cuerpo, sino del alma, y yo poseo el alma de todas las cosas....

Luego que se conciertan con alegre conformidad para aquella noche juntarse; el bululú deja á la moza para ir á los conventos del burgo á tratar de sus farsas con los hermanos frailes.

III

En el convento, el bululú trata con los frailes para fingir ante el vulgo cosas de piedad, que, confortando la fé, encaminen el ánima hacia su perfección; y mientras, los mendigos, que á la entrada esperan limosna, anuncian su llegada á los que van pasando ante ellos. Al saberla, el labriego abandona su ruda labor; el hidalgo campesino sale de su casona con paso lento y grave, como conviene á su dignidad; la doncella se engalana con la baquiña de los disantos que huele á manzana, y con el manto de bordado tafetán, para ir á verle, seguida de dueñas que visten hábitos monjiles por antiguos votos. Acuden todos á ver al bululú, llevándole sus dones, según su condición; los villanos, la fruta sabrosa cogida al amanecer; el pan candeal; la ceuria curada junto al hogar durante un largo invierno; el vino de la tierra, ligero y áspero, que se conserva bajo el suelo en profundas tinajas. Y los hidalgos introducen la mano disimuladamente en la escarcela para contar las blanquillas y maravedises que poseen, con duda de que alcancen á tanto como su liberalidad.

Entre todos llega un escudero, de aspecto taciturno, al que los villanos saludan con respeto y los hidalgos con consideración. Entra en el convento y ruega al bululú que le acompañe ante su señora, que padece melancolía y necesita de todo consuelo.

UN FRAILE

¡Alta y virtuosa dama es! ¡Digna de ella será su dádiva!

EL ESCUDERO

Gran honra es para vos, y aun provecho.

GIL GALINDO

(*Con soberbia*). ¡No me vocee por su vida, que tan hidalgo soy como vuestra merced!

EL ESCUDERO

(*Admirado*). Vuestra merced quise decir, que no ofendo á vuestra merced. Juntos se alejan del convento, y la multitud, que aguarda á la entrada, comenta esta marcha con suposiciones diversas.

UN HIDALGUELO

La Señora busca su distracción. Ya la cansa el reposo de la campiña.

OTRO

Ya, ni aun la divierte la música de menistriles en la misa mayor.

OTRO

(*En voz baja*). Dicen que aquí se está desterrada, porque el rey la amó...

UN LABRIEGO

(*Calladamente*). Dicen que la Señora tiene los diablos.

OTRO

Yo rezo porque no fenezca, porque es consoladora para los humildes.

UNA DONCELLA

¿Dicen que amaba al príncipe real cuando era criada de la reina?

UNA DUEÑA

Una noche halláronles juntos; por eso la mandó el rey acá.

LA DONCELLA

Eso Dios lo sabe, no más.

LA DUEÑA

¡Por qué ha de ser!

Así van platicando todos, mientras se tornan á sus quehaceres.

IV

Por las antecámaras en penumbra del alcázar condal, los servidores discurren calladamente; á veces se agrupan en los rincones y hablan entre sí, alzando sólo un leve visviseo.

UN LDO. EN ARTE MÉDICA

En señora ama hay falta de amores; su melancolía es por sequedad de natura.

UNA CAMARISTA

¿Y no hay para ese mal melecina?

EL LDO.

Antes del alba mire el orden de las estrellas. La luna estaba en Cáncer; pero Venus en Escorpio; desto me ha venido gran confusión...

UNA CRIADA VIEJA

(*Con desdén*). Eso es necedad, que las estrellas no dicen cuando se tienen los diablos.

UN CAPUCHINO MENDICANTE

Tan limosnera no los ha de tener.

LA VIEJA

Pues hechizo es su mal.

EL CAPUCHINO

(*Socarrón*). Príncipe es el demonio.

UN RODRIGON

Callen vuestras mercedes, que el rumor más ledo daña á la señora.

Está la casa escondida entre verduras de olmos y álamos, y por los ventanales y miradores, la luz entra con tonalidades de esmeralda. Está silenciosa la casa, silencioso el jardín, como un lugar de encantamiento. Un villano que labra la tierra en el jardín contempla la casona con temor, y se persigna, porque sabe que en ella se albergan los malos espíritus: cuando se cansa, llégase á la cocina que está en un zaguán trasero, y pide un trago de vino para refrescar. Allí se reúne la servidumbre zafia y villana, que se ocupa en bajos menesteres; los hortelanos y los caballerizos, los mozos de tinelo y una turba de villanos vecinos que viven de la caridad de esta servidumbre, colonos de lejas corti-

jadas que vienen á entregar su arriendo, y pasan con este motivo alegres días de holganza. Todos se duelen del mal de la dama con hipocresía labriega, irónica de puro exagerada, y comentan la llegada del bululú: unos dicen que es exorcisador, aunque seglar; otros que saludador no más, pero que con ciertas palabras arábicas, lo sana todo. Mientras la baja servidumbre habla así, Gil Galindo llega á la antecámara acompañado del escudero, y en tanto que éste pasa á anunciar su llegada á la señora, los demás servidores le rodean.

EL MAYORDOMO

Si teneis hambre, en el tinelo encontrareis con que hartaros.

GIL GALINDO

(Que se torna irónico y displicente al encontrarse entre hidalgos).

Si por ventura sois el señor cocinero, en siendo menester procurad aderezarme la comida delicadamente, porque tengo el paladar enfadoso.

EL CAPELLÁN

Cuando representeis cualquier paso ante su señoría, cuidad que sea conforme á religión y buena costumbre, sin palabra rufianesca.

GIL GALINDO

Cuidad voz de lo que os ataña, sin impertinencias.

UN RODRIGÓN

Ved que es ordenado en mayores.

GIL GALINDO

Atended todos á no impacientarme.

En el espíritu del histrión se agita el pozo de amargura que puso en él su condición ignorada, quizás judía, quizás morisca, que ha engendrado todos sus desprecios y excepticismos; que ha formado en su mente un doctrinal de burlas para todo lo que los hombres desean y acatan. Entre la servidumbre que le contempla con indignación, y espanto de su osadía, su rostro llega á adquirir esa expresión atónita que producen los dolores demasiado agudos cuando se prolongan. Luego le llevan al aposento en que está la señora. Es una dama chiquita y pulida, con los ojos de un intenso y apacible fulgor, que no bastan á velar las pestañas luengas; y los cabellos castaños y undosos, con los labios encendidos y la tez de un moreno dorado, que se arrebola levemente en las mejillas. Está acomodada en un sillón, que tiene el espaldar rematado en una corona condal; y entre los brocados y terciopelos de sus galas, apenas se delinea su figura.

LA DAMA

Si sabes ejercitar bien tu arte, bululú, llenaré tus bolsillos de oro.

El bululú inclina la cabeza entre reconocido y humillado. La penumbra en que yace el aposento, disimulando lo astroso de su ropilla y lo desaliñado de sus manos y barbas, da al histrión una vaga osadía, y sin saber por qué, responde con desdén sereno.

GIL GALINDO

Mal cree la dama, si me cree bufón, porque no lo soy, aunque sí su criado. El bululú ha representado ante los más diferentes concursos; sus manos se han ten-

dido á recoger la limosna de todas las voluntades; pero ahora, ante la dama, el divino orgullo de Castilla se ha rebelado en él contra toda mísera necesidad.

LA DAMA

¿A quién traísteis, mis criados?

EL ESCUDERO

(*Excusándose*). Bululú decíanle todos, y acudían al convento para verle representar.

OTRO

Trae el hábito humilde, y aun disfraces.

GIL GALINDO

(*Con altanería*). Callen todos, que es desconsiderada curiosidad. (*A la dama con señorial despejo*) Agradecido estoy á vuestros criados, pues su torpeza me trajo á conocerlos.

UNA DUEÑA

(*Calladamente*). ¡Tiene igual talante que un salteador de caminos!

GIL GALINDO

Que la ha oído, improvisa una conseja sobre sus palabras.

Caminaba de Almagro á Ciudad Real, cuando por traición de mi fortuna salieronme al paso ladrones en cuadrilla... Lleváronse mis cadenas de oro, mis ropillas de seda, mis bolsillos repletos de ducados, dejándome maltrecho y desnudo en la noche cerrada, sobre los campos en soledad ..

¡Solo las estrellas, silenciosas, claras pupilas de los vastos cielos, fueron testigos de este rigor! ..

UNA DUEÑA

¡Conmueve su aventura!

UNA CAMARISTA

Que es gran señor, dicen sus palabras.

GIL GALINDO

Albeando, unos yangüeses magnánimos diéronme esta ropa...

LA DAMA

Dar asiento al caballero, pero no escabel, sino silla de honor.

V

El bululú finge con aquel fácil desembarazo con que ante las multitudes ha imitado á los reyes y capitanes, á los monjes y á los labriegos; y al suave encanto del discreteo con la dama, el corazón se le llena de una mansa alegría.

Embelésale la concertada razón dicha por sus labios encendidos, como una caricia; la gracia persuasiva de su mano, pequeña y delicada, que acompaña á la frase, con un lento ademán, en el que hay un cabrilleo de piedras preciosas; el mirar á un tiempo sereno y firme de sus ojos. Es la misma alta y honesta dama que su imaginación ha

forjado como digna de amarse, cuando su carne estaba harta de serranas y mozas de partido, y ante ella, el bululú olvida que finge. Su exaltación le hace hablar, fácilmente, con palabras naturalmente escogidas.

GIL GALINDO

¡Cómo tan alta dama, que es triunfante flor de la corte, dama de madrigal, se esconde en este burgo humilde como un hada de encantamiento, que se le aparece al viajero para consolarle de su cansancio de los ásperos paisajes, de las villanas compañías!...

LA DAMA

¡Cómo confundir con un juglar á vuestra merced que concierta tales razones. Si los salteadores se llevaron vuestro oro, no pudieron llevarse vuestro ingenio y cortesanía...

GIL GALINDO

Cuando llegábame acá, ví á vuestros criados: La señora padece una congoja que la acaba.... El deseo de conoceros me hizo dejarles en su engaño. Esto me habeis de perdonar. En buena hora fuese yo bululú, y aun de más ruín oficio, si siéndolo, pudiera poner alivio en vuestro mal.

LA DAMA

Fué idea de criados, porque ¡cómo había de ahuyentar la tristeza un bululú con su burda traza!

GIL GALINDO

Un bululú conocí yo que quizás lo alcanzase. Tenía el corazón abierto á todas las emociones, una inteligencia despejada y aliento para grandes aventuras; pero nada comprendía. Se mofaba de todo, y sin embargo, amaba muchas cosas. ¡Era su historia extraordinaria en verdad!

LA DAMA

Sería de limpia sangre.

GIL GALINDO

(*Indeciso.*) Quizá fuese de limpia sangre... Unos decían que era moro, otros que judío, pero esto eran hablillas, porque nadie supo nunca de su linage ni de su ciudad. Además de ser como os digo, por más extravagancia, estaba lleno de amor y paz por los humildes, y de desdén por los poderosos.

LA DAMA

Loco sería.

GIL GALINDO

(*Suspirando.*) Acaso lo fuese... Pues apesar de su odio por los nobles—ved que este odio quizás naciere de ser él judío ó morisco, que todo es posible—pues apesar de esto, sentía una veneración por la mujer tan idealizada, que si

le hicieren precisar cómo era la señora de sus pensamientos, viniérase á conocer que tenía todas las partes que pudiera la más noble dama; porque era de delicado espíritu, sensible á las más leves emociones, de inteligencia más pronta en comprender los sentimientos, que en comentar dichos agudos, con otros extremos que solo alcanzan las damas de claro linaje.

LA DAMA

Y siendo como dice vuestra merced, ¿por qué no ambicionó más alta gloria que la de divertir á la muchedumbre?

GIL GALINDO

Porque era un cenobita, aunque con alma de enamorado. Como los cenobitas, desdeñaba las coronas de laurel, pero no las de mirto.

La dama escucha al bululú con aquella graciosa gravedad interesada, con que Dido, reina de Cártago, escuchó las amarguras de Eneas. El histrión reflexiona que esta escena de un momento, perfumada y discreta, pronto acabará dejando en su espíritu un suave rastro de sentimentalismo. Se apartará para siempre de esta casona, oculta entre olmedas sombrías, en la que hay una alta dama que es sencilla con el inferior y confidente para el igual; que tiene el acento de modelaciones infinitamente delicadas; y las manos finas y transparentes como de ágata rosa; y al pensar en esto, sin saber por qué, una sutil congoja le oprime el pecho.

LA DAMA

Mi capellán, que es docto, podría componer con los sucesos de ese histrión una novela de villanos, como ahora es uso. Ya le veo con afán de interrogaros.

EL CAPELLÁN

(*Melífluamente*). Oh, perdonad, señora mía, pero ya sabeis que ahora trabajo en una obra de mayor fruto espiritual; una glosa del Pater Noster, que alcanzará cien pliegos. Pero el caballero podrá contarnos otras historias; hechos acaecidos en tierras lejanas y que nosotros, en nuestra soledad, desconocemos.

GIL GALINDO

Esperad... Con vuestra venia os contaré una alegre historia... Un suceso de un noble sevillano. Es de mucho reir, pero no es de edificación...

LA DAMA

En labios de vuestra merced, tan discreto, será un cuento gustoso.

GIL GALINDO

Erase caballero de limpia sangre y hacienda cuantiosa; diestro en todo género de armas; mesurado en sus palabras y maneras; reposado, aunque no débil en el peligro dadivoso, sin alarde de ello; y siendo estas sus obras, las aventajaba en prendas, porque era de hermosa apostura, los ojos de amoroso, aunque vivo mirar; el bozo fino y sedoso, la frente espaciada y la cabellera abundante. Si habeis leído Lanzarote del Lago, como á este caballero os lo podeis representar.

EL CAPELLÁN

¡Harto bien pintado está el mozo!

GIL GALINDO

A este galán caballero rendíanse todas las damas, aun las más señaladas por su calidad y hermosura... Pues sucedió que al tiempo que él triunfaba en amores, había en Sevilla una mujer que tenía la locura de creerse noble, siendo de tan ruín linaje, que era hija de mulato. Andaba suelta, como que á todos divertía con su locura, sin á nadie ofender, y ganábase su pan como moza de cántaro, ejercitando su oficio con mucha diligencia, que los más locos aventajan á los cuerdos en los puntos que no atañen á su manía. Era esta mujer muy hombruna, con las facciones gruesas, heredadas de sus negros ascendientes. Era, en fin, desagradable como un diablo.

EL CAPELLÁN

Gracioso contraste.

GIL GALINDO

Pues habiendo entrambos esta diferencia, la mulata se vino á enamorar del galán con tanto fuego, que le importunaba continuamente. El, como compasivo, procuraba apartarla de sí con blandas razones, pero con esto más se encendía la loca. Conocióse el caso en toda la ciudad, y fué motivo de mucha risa. Fué esta persecución causa de mil lances donosos, y al fin, corrido el caballero, hizo encerrar á la moza en un hospital de locos, en donde murió de melancolía.

LA DAMA

¡Extraña locura de amor! ¿Por qué dijisteis que era caso de reir?

GIL GALINDO

En las historias, el sentimiento está en el comentario.

¿Acaso no es burlesca la locura de esta mujer?

LA DAMA

No, sino lastimosa.

Después la dama ordena que prevengan un agasajo al visitante.

GIL GALINDO

Clara agua no más.

LA DAMA

Sirvan al caballero en bandejas de plata.

VI

A la entrada del mesón, varios pelaires departen con Aldara, la moza. Son tres y les llaman Lobrezno, Lumbaga y Remuzgo, que son nombres de jacarandina. Todos requieren á la moza con picantes decires, á los que ella no responde sino con burlerías.

LOBREZNO

De Segovia he de acarrearle una saya de fino paño colorado, que tú me pagarás como quieras.

LUMBAGA

Unos brinquiños de azabache traeréla yo, que la placerán.

REMUZGO

Ella es amable sin codicia de brujerías.

ALDARA

No será á vosotros, ruines, á quien yo estime, porque no es gente villana la que prende el amor.

LUMBAGA

Nuestra moza nos desprecia. Ama á un hidalgo; ¡hu... hu!...

LOBREZNO

En manceba de canónigo había de parar.

REMUZGO

Se adornará la albanera con lazos colorados, como amiga de clérigo.

TODOS

¡Hu!..., ¡hu!...

ALDARA

(*Con alegre semblante*). No es clérigo, sino bululú.

LUMBAGA

Gil Galindo, que en el camino le hallé y acá venía.

REMUZGO

¡El señor Gil Galindo!...

LOBREZNO

¡Al diablo él!...

Contempla á la moza con mal humor, y ella sonríe con vanidad.

LUMBAGA

¡Gentil amante es el señor Gil Galindo para que se ufane la moza!... ¡Piojoso es como un habar!...

LOBREZNO

¡Mano que se tiende á pedir, desearla para la caricia! ¡Locas son las mujeres! A este tiempo sale del burgo Gil Galindo, á quien acompañan hasta las afueras el mayordomo y el capellán. Vienen los tres platicando con grave porte, y al pasar ante el mesón, el bululú no mira á la moza, que le sonríe. Los pelaires burlan de ella con algazara, y se admiran de ver al bululú con tan honrada compañía.

LUMBAGA

Trátanle como á persona hidalga.

LOBREZNO

(*Con burla*). ¡Quizá fuere Gil Galindo un príncipe encubierto!

ALDARA

(*Suspirando*). ¡Un príncipe será!

VII

Cuando ya en las afueras del burgo, el mayordomo y el capellán despiden á Gil Galindo con extremos de cortesía, éste se acomoda al pié de una corpulenta encina para con toda paz deleitarse en la memoria de su peregrino suceso. En la intensa calma de la campiña, en el anochecer, va el villano evocando las palabras y maneras de la dama, y este recuerdo conmueve blandamente su espíritu y le llena de melancolía, como nunca hasta ahora sintió, porque al mismo tiempo que le angustia, le enaltece, dándole una clara conciencia de su superioridad sobre el común de los demás hombres incapaces de sentir estas emociones sutiles.

Cuando el bululú está sumido en vagas reflexiones sobre su suceso, llega hasta él el mendigo con quien repartió su pan en la alberguería, y le interpela con burda ironía.

EL PORDIOSERO

Bien dice su paciencia que aguarda su buena fortuna.

Todos lo saben, que la moza no se recata.

GIL GALINDO

(*Con desdén*). Al diablo el pobrete.

Se aleja el mendigo con lentitud, encorvado bajo el peso de su zurrón, y cuando está distante, dice en altas voces, broncas y airadas.

EL PORDIOSERO

¡Malhaya tú y tu casta! ¡que gusanos te coman en tu agonía! Cuando Aldara te bese, díla que Fermín el pobre la besó también.

Y ríe con una carcajada diabólica, que termina en un sordo alarido. Entonces recuerda que en el mesón quedaron sus arreos de farsa, y torna al burgo por recogerlos. Adelanta con cuidado de que no le vean los criados de la dama, y cuando llega á la venta encuentra á la moza que está á la entrada, huida por tristeza, de la compañía de los venteros y caminantes reunidos ante el hogar.

ALDARA

¡Al fin vienes, bululú!

GIL GALINDO

Sí vengo, Aldara.

Recoge su hato, que está en el zaguán, entre almohazas y rendajes, y se lo hecha al hombro.

ALDARA

¿Te vas, bululú?

GIL GALINDO

Vóime, Aldara.

ALDARA

Dios te guíe por siempre.

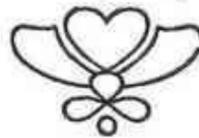
GIL GALINDO

Guardéte El.

Queda la moza con angustia de que se aleje quien la dijo poseer el amor, y el bululú se aparta de ella, con lástima y desdén; pero pronto la olvida, porque otra más noble imagen llena su imaginación. Avanza lentamente por la llanura silenciosa, y entre la sombra de la noche, solo pueden espiar su paso las discretas estrellas, claras pupilas de los vastos cielos.

LEMA:
HIDALGUÍA.

Autor:
ADOLFO REYES GUILLOT.



DOLOR DE AUSENCIA

Viva la llama de mi amor inmenso
melancólicamente me ha invadido
el dolor de no verte, más intenso
que todos los dolores que he sufrido.

Ya no te turba mi mirar liviano,
ya tu voz de cristal no me conmueve,
ni siento palpar entre mi mano
las suavidades de tu mano breve.

Pero vuela hacia tí mi pensamiento
soñando con un bien que no consigo,
y en mi apartada soledad presiento
que tu espíritu puro va conmigo.

Y aún la luz de tus ojos me ilumina
con sus serenidades que obsesionan;
aún percibo tu voz que me fascina,
y ya lejos de tí no me abandonan

tu pálida hermosura sin orgullo,
tu extático mirar sin alegría,
y la ilusión de que me llames tuyo
y la esperanza de llamarte mía.

Cuando tanta delicia recordemos,
bajo el dosel de alguna noche bella,
pensativos los dos tal vez tendremos
los ojos fijos en la misma estrella.

Y evocaré tus palideces suaves,
y mi acento amoroso y lastimero

cuando yo te decía: «Tú no sabes,
tú no sabes lo mucho que te quiero.»

¡Cómo será profundamente triste
tu mágico recuerdo que me hechiza!
En mis oscuras realidades fuiste
un sueño de pasión que se realiza;

y por eso te adoro, bien amada,
con inquietudes de pasión sincera,
y puse en el ardor de tu mirada
las ilusiones de mi vida entera...

¡Cómo revivirá mi sentimiento
evocando tu voz y tu presencia!
¡Cómo padeceré con el tormento
fatal y doloroso de la ausencia!

Mas cesará el pesar que me tortura,
y muriendo el amor que te he tenido,
se esfumará tu pálida hermosura
en medio de la sombra del olvido,

y cuando cese mi amoroso empeño,
ya cerrados los labios de mi herida,
evocaré tu imagen cual un sueño,
¡el sueño más hermoso de mi vida!

M. ALTOLAGUIRRE PALMA.



LAS CIUDADES ROMÁNTICAS

CORDOBA

Pocas ciudades españolas hay, donde con tan manifiesta belleza se conserve ese halagador aroma del pasado que hace florecer las rosas del romanticismo en todos los corazones.

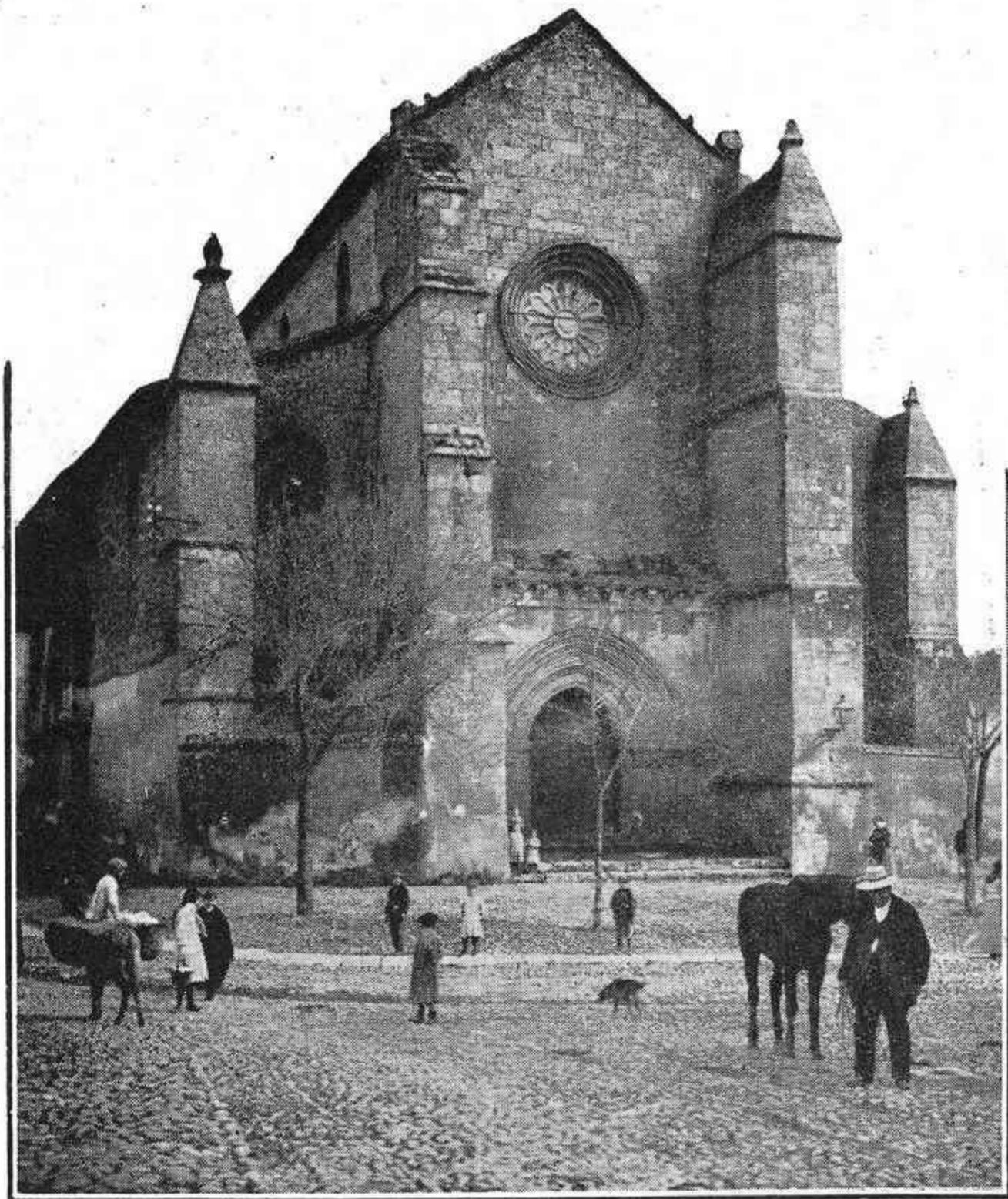
Córdoba, emporio ayer de una raza varonil musulmana, vive hoy impregnada de una apacible melancolía al recuerdo de sus pasadas



UN PATIO CORDOBÉS

grandezas. Palpita sobre todas las cosas el espíritu agareno con sus somnolencias y sus meditaciones. Tupidos bosques de naranjos y palmeras dulcifican las caricias del sol andaluz y cobijan la ciudad bajo el oro encendido de sus frutos, y al amparo de las ruinas árabes y romanas, solo profanadas por el tiempo, circulan torrentes de poesía, invisibles corrientes de amor y de tristeza andaluza, honda y penetrante, porque es nacida del recuerdo, de la nostalgia, al fuego de la pasión árabe tantos años sepultada y tantos años latente...

La visión de Córdoba, sugiere evocaciones y sume al espíritu en una mística quietud. Desfallecen en el silencio de las plazas monacales los cristos agonizantes, las veneradas vírgenes ante las cuales obró milagros la fé de los devotos; crece el césped en la soledad de las callejas morunas y hasta en el sagrado columnario de la Mezquita, el alma queda arrobada y sumergida en una beatífica quietud, que

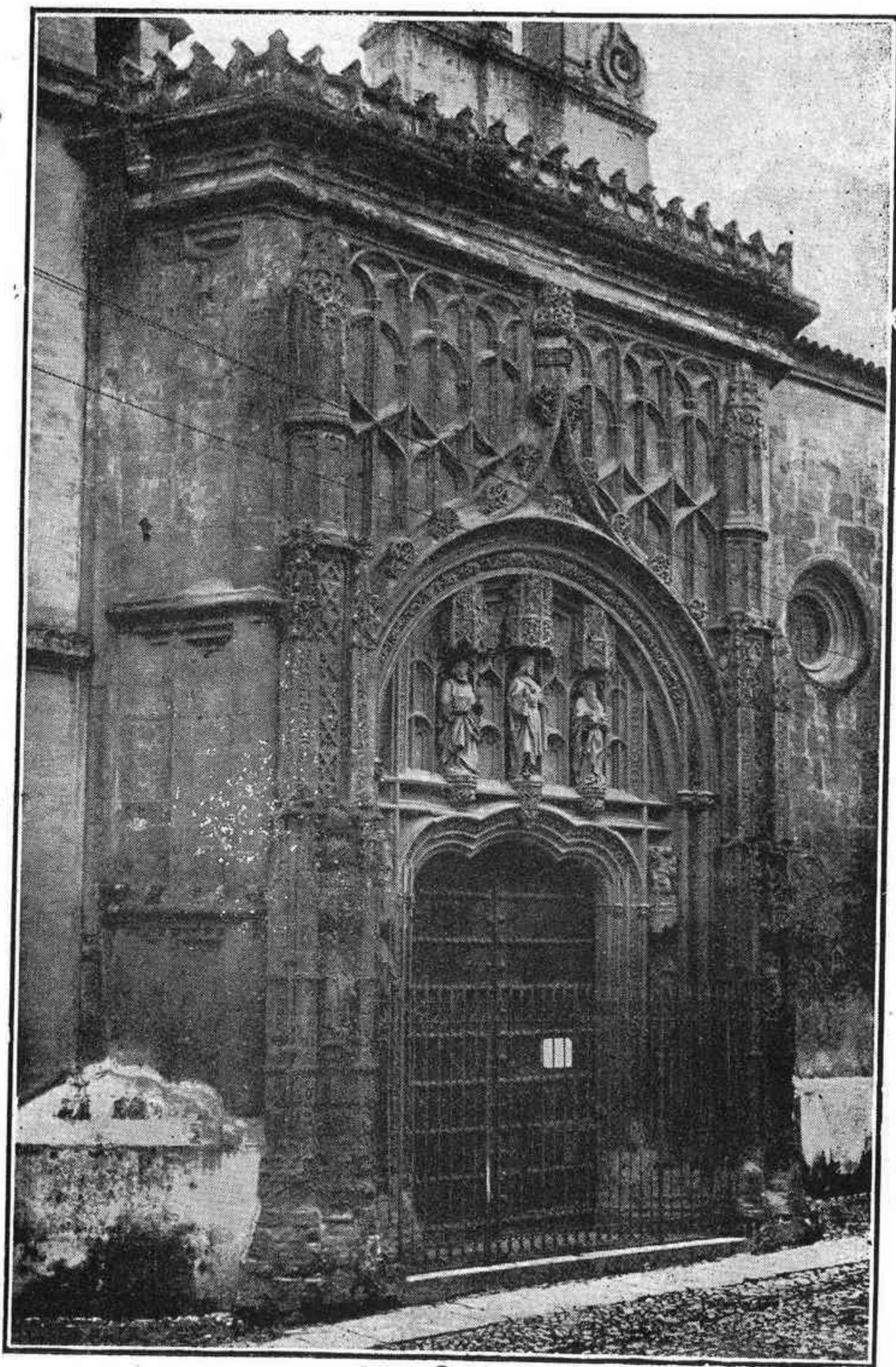


IGLESIA DE SANTA MARINA

nos hace meditar cuán grande no sería la fé de nuestros antepasados, que así movió el cincel de los hombres dejando en la piedra el sublime beso del arte, para gloria de Dios y ejemplo de las generaciones venideras.

En los clásicos barrios cordobeses, como el de Santa Marina, cuna

de afamados toreros y guapas mozas, el espíritu agareno florece aun con más intensidad. Una ráfaga sensual lo envuelve todo; el amor

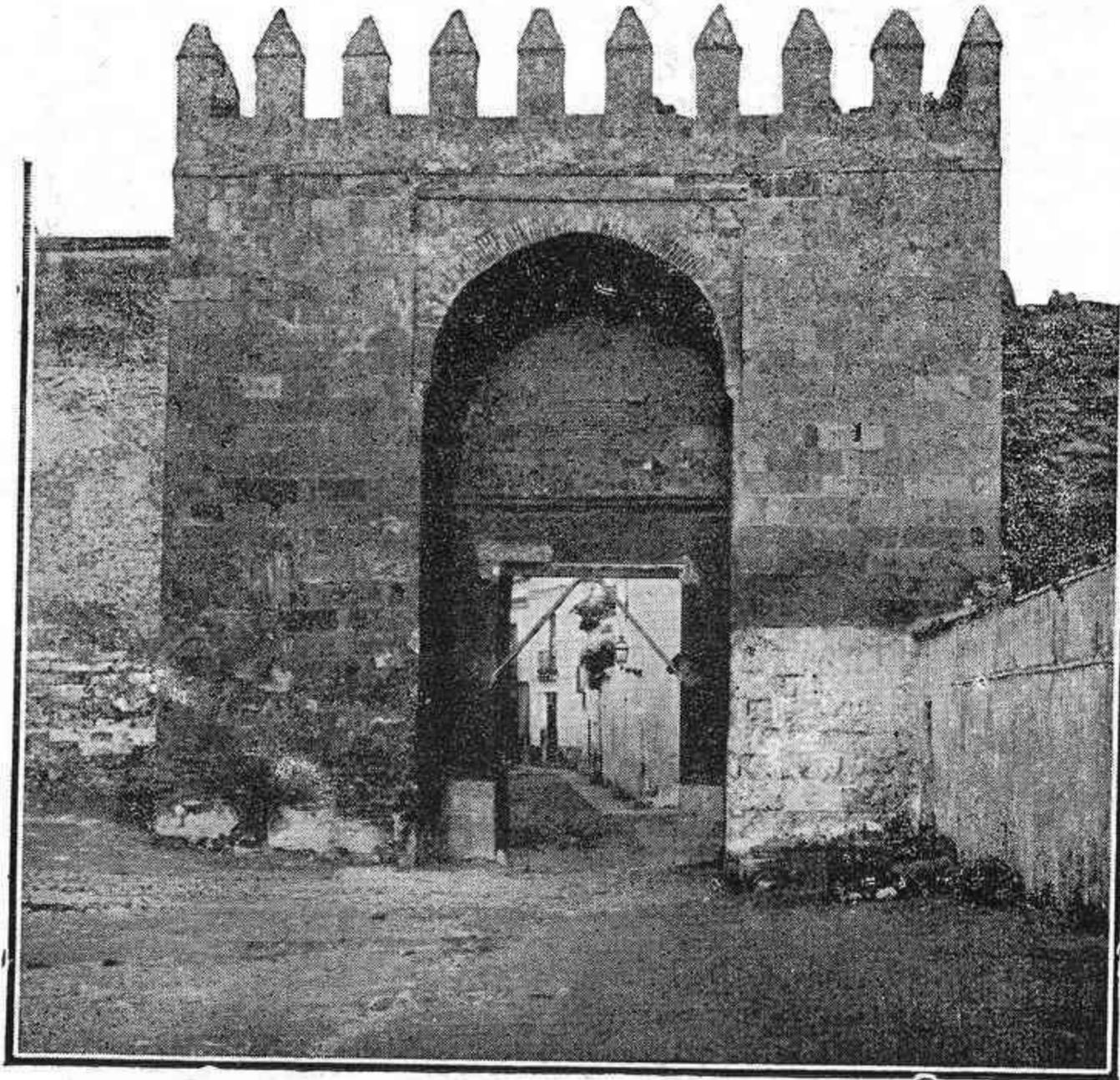


PUERTA DE LA CASA DE EXPÓSITOS

allí, vive al amparo de un ingénito romanticismo que acentúa más el silencio de las calles en soledad, de las fuentes en calma que derra-

man trémulas sus hilos de plata, de las flores encendidas al beso del sol, que alegra los patios con sus fulgores y alumbra las rejas, teatro de amorosas tragedias ó de tiernos coloquios, que fueron ensalzados por todos los poetas.

De las alturas de la sierra cordobesa donde nacen los perfumes,

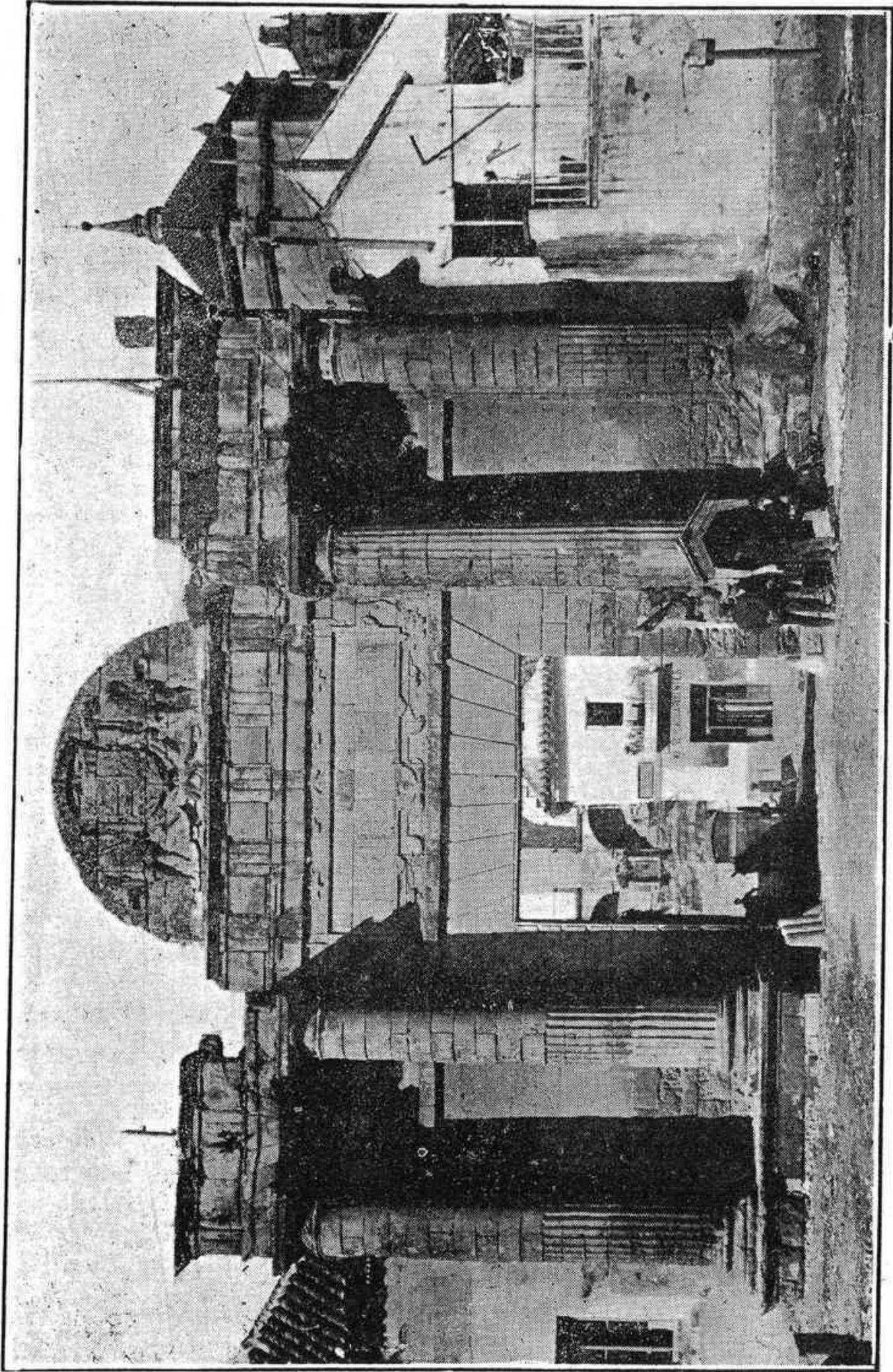


PUERTA DE ALMODÓVAR

bajan los frutos sabrosos de su tierra; frutos nacidos al roce de los aires serranos que no bastan á entibiar los ardores del cielo cordobés.

Junto á los muros de la Torre de Malmuerta, se presiente aún el misterio de una tragedia amorosa; han hecho sus nidos las palomas sobre los frisos de la Puerta del Puente, vestigio suntuoso de la construcción pasada, lamiendo los muros de la Alcazaba, el Guadalquivir se desliza rumoroso reflejando en sus aguas la azul intensidad del cielo y en el Alcázar, que acuerda épocas inquisitoriales, todavía perdura el fantasma siniestro de la humanidad, que no ha logrado estirpar toda la ciencia, todo el progreso de las naciones....

Nada hay que turbe la quietud de las calles cordobesas, sosegadas, quejumbrosas al paso del viajero y en cuyos balcones voladizos



PUERTA DEL PUENTE ROMANO

y mezquinos ventanales dan eternamente las flores sus aromas cuidadas por manos femeninas; todo languidece envuelto entre mirtos

y rosas, bajo la intensidad azul de un cielo purísimo y la agobiadora refulgencia del sol.

Invadida por un dulce sentimentalismo, el alma vuela errante por sendas de indecisa luz, soñando siempre con paraísos inasequibles donde tienen asiento todas las bellezas. Tal es el carácter cordobés, que se sumerge en juegos de la fantasía, desposeído de ambiciones y extasiado eternamente como hijo de aquellos gloriosos antepasados amadores de una existencia llena de sensuales y adormecedores placeres...

Como un relicario guarda esta ciudad romántica prodigiosos tesoros artísticos, legado de los grandes maestros que en tiempo remoto ofrendaron á su belleza los frutos de su ingenio. Valdes Leal, Antonio del Castillo Saavedra, Pedro de Córdoba, Mena, Mora, Arfe, el prodigioso cincelador de la custodia, y otros tantos, dejaron á su paso por la vida, dones de incalculable valor que acrecientan aún más la belleza artística de la ciudad.

De hijos muy ilustres, gloria de las ciencias y de las artes, es cuna; entre hoja y hoja de su historia hay una rama de laurel que coronó la frente de los héroes y de los sabios; y en la lucha constante del pasado y del porvenir, Córdoba, nos muestra los ardores de su sangre mora, resistiéndose á un mal entendido progreso que acaba con ese misterioso encanto que se agita en el fondo de su ser.

Dulcemente, con desmayo de todos los sentidos, el alma cordobesa vive tranquila, sin pensamientos ni preocupaciones que á cortar vengán el hilo de su ilusión. No ambiciona mutaciones, porque las transformaciones radicales del progreso originan los grandes desequilibrios artísticos, y Córdoba, rebelde á las leyes antiartísticas del porvenir, conserva su primitivo estado, sin que nada venga á turbar el sentimentalismo ingénito y sedante; siempre viviendo en una agonía continua, será la ciudad del sol ardiente y del puro cielo que vive al amor del pasado con sus jardines morunos, sus estrechas callejas legendarias y sus coplas briosas y apasionadas donde se lloran los desengaños de una mujer á las notas melancólicas de la guitarra.

A. FERNÁNDEZ FENOY.

ELOGIOS SACRO-PROFANOS

ELOGIO DE LAS BAILARINAS DE PROVINCIA

Los que hemos vivido en provincias, sabemos bien qué cálido refugio brindan en las borrascosas noches de invierno ciertos cafés escondidos en calles vergonzantes. Sabemos cómo se cura el tedio desolador y la nostalgia del Madrid bullicioso y nocherniego en esas ciudades del Norte donde á las diez todas las puertas se han cerrado, y solo se escuchan en la desierta calle el golpe de la lluvia lenta ó las sonoras pisadas del vigilante nocturno.

Las almadreñas de algún transeunte extraviado—modista que se quedó á velar ó jugador que sale del casino—choclean melancólicamente en la calle angosta. El reloj de la Catedral ha dado una tremenda campanada que queda vibrando largo tiempo en el silencio de la ciudad dormida. La lluvia cae gotearte, lenta, tenaz...

Esta es la hora en que nosotros nos refugiamos en este café estrecho y largo como un ataúd, donde las luces eléctricas refulgen metálicas y frías. Nos hemos despojado de nuestro maravilloso gabán de pieles, que acredita nuestra alta categoría social, —director del mejor periódico de la provincia en esta recogida ciudad de segundo orden...

Los timbres han sonado, llamando á las artistas al escenario; y las castañuelas repiquetean alegres y teatrales. Nosotros, infringiendo la más rudimentaria urbanidad, casi nos tendemos cuan largos somos sobre el diván tibio que nos recoge. Una bailarina nos mira, con forzosa sonrisa de agrado, sabiendo bien que podemos dedicarla un suelto elogioso en el periódico de la mañana. ¿Qué debemos hacer nosotros ante esta mirada fija y recia, ante esta sonrisa impertinente en fuerza de ser amable, sino adoptar un gesto displicente de hombre superior?... Nosotros desdeñamos la mirada de la bailarina y recitamos *ad libitum* esta estrofa de Mallarmé:

La chair est triste, hélas j'et j'ai lu tous les livres! ó bien esta otra de Verlaine:
Ah j'tout est bu! j'tout est mangé! j'plus rien á dira!; ó quizás aquesta de Sa-
maín:

A le Neant m'a fait une âme comme lui; estrofas todas que ella, naturalmente, para su bien no conoce...

Pero las miradas siguen más tenaces, más fijas, más cariñosas; y entonces ya nosotros, en nuestra calidad de poetas líricos, nos creemos en el deber de enternecernos un poco. Y cuando la danzarina termina de marcarse un tango canallesco, ofreciendo las ampulosas caderas y mostrando la torneada pierna á un público compuesto de viejos chochos y estudiantes imbéciles, que la contemplan con los ojos inyectados y la boca seca de segura sensual, viene hacia nosotros con su traje de percalina roja, toda envuelta en una llamarada de incendio,—rojas las botinas que oprimen el comienzo de la mórbida pierna, roja la pantorrilla, roja la corta falda, rojo el busto, enrojecidas por la agitación y por los aplausos las mejillas, y destacando entre la rojez intensa el pelo de azabache y los ojos negros como dos abismos...

Con un abrigo claro y un boa de plumas sobre los hombros, la linda muchacha nos oprime amorosamente la mano y nos ronríe con coquetería...

--¿Tú eres madrileño, verdad?...

—No, pero como si lo fuese...

—Me lo han dicho... ¿No te acuerdas de mí? .. ¿No me has visto nunca?...

—No recuerdo... ¿por qué?...

—¿Tú no vivías en la calle de Monteleón?...

—Sí, en efecto—replico ya intrigado.

—Y yo en la de Sandoval .. Ya ves, casi vecinitos...

Entonces yo siento una intensa simpatía por esta gatita madrileña, que estuvo dos años de modista en casa de Julia Cervera (calle del Barquillo) y á quienes tantas veces habré mirado yo cuando pasaba por debajo de mis balcones á la hora definitiva y post-meridiana en que yo contemplaba á las modistas á la vez que elaboraba mis versos .. ¡Y quién sabe si alguna vez, viéndola pasar con un novio—quizá con el truhán estudiante de Medicina que la deshonró,—he dedicado á la morena incógnita uno de esos sonetos intensamente líricos que se titulan *Horas de ausencia* y que dicen, v. gr:

¡Ilusión de mi espíritu cansado!...

Las mujeres que yo más he querido
son aquellas que nunca me han besado
ó aquellas que jamás me han conocido...

.. ¡Benditas sean estas madrileñitas alegres que, por el verano, recorren las capitales de provincias de segundo orden, cantando couplets picarescos y bailando tangos incitantes!...

Porque ellas han paseado por la calle de Alcalá alegrando las melancolías de los estudiantes inquietos; porque ellas han ido al Teatro Apolo, á delanteras de anfiteatro, con el novio, que era fino y guapo, y estudiaba el cuarto de Medicina; porque, en las tardes de sol, se han escapado á la Moncloa y no han ido al taller; porque se han reído de los viejos verdes que las piropeaban; porque en Carnaval han desatado por las avenidas de Recoletos el torrente de su locuacidad y de su franca alegría; porque se han timado con un chico galante en las apreturas de los cines; porque han inspirado un bello libro á Ramírez Angel; porque en las noches cálidas del estío destierran el tedio de los muchachos provincianos; porque han perfumado con su ondulante y sutil cuerpo una noche triste de un poeta de Madrid desterrado voluntariamente en el árido periodismo de provincias; y porque, en fin, al encontrarle en la Carrera de San Jerónimo, han dicho á la mamá postiza que las acompañaba, con una voz mimosa y un acento enternecido de nostalgia:

—Mira, mamá, aquel chico de Oviedo con quien bebimos champámng una noche...



ELOGIO DE UN CONVENTO DE FRANCISCANOS

A las cuatro de la madrugada hemos llegado á un pardo poblachón manchego. La campana de un convento de franciscanos suena lúgubrememente á maitines... Son unos tañidos lentos, opacos retumbantes. En la estación desierta fulgura una linterna rojiza; el mozo melancólico, cruza á grandes trancos el andén donde resuenan las pisadas fatídicas.

Yo soy un pequeño estudiante, un pequeño y sentimental estudiante de Filosofía y Letras, que viene de su pueblo, para dejar que en él transcurran, lenes y filosóficas las vacaciones de Navidad... Desciendo del wagón recordando unos versos latinos (porque yo soy mozo leído como no hay muchos)... Los versos tienen una evocación melancólica de oscuros conventos españoles:

Bernardus valles, montes Benedictus amabas,
oppida Franciscus, magnas Sgnatuis urbes...

Y según voy avanzando por la ancha calle, resbaladiza de escarcha, donde las bombillas de luz eléctrica, diseminadas á largos trechos, tiemblan en el aire gélido,—yo voy traduciendo mentalmente el dístico latino, apostillándole como mis conocimientos de historia eclesiástica me lo permiten.. San Bernar-

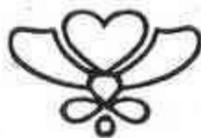
do, que odiaba las bibliotecas y que aconsejaba buscar la sabiduría en las piedras y en los árboles, gustaba de edificar sus monasterios en valles blandos y tentadores como nidos, donde la menta y el tomillo perfumasen el aire. . San Benito, que era el más austero de los fundadores, amaba los montes abruptos é inaccesibles; como enseñando que la piedad y la vida monástica eran penosas lo mismo que la accesión á esas montañas.. San Ignacio, que fué hombre ambicioso y quería extender su Compañía de Jesús por todo el mundo, gustó siempre de fijar la residencia en las grandes ciudades para que la plutocracia viniese á humillarse ante los confesonarios... Y por fin, San Francisco era el más obscuro, el que menos quiso singularizarse de todos... Buscó para eso los poblachones escondidos, las villas perdidas en la llanura, las ciudades de diez mil almas, los oppida... Por eso sus hijos se propagaron á través de estos pueblos pardos, terrosos, hórridos...

...Estoy á la puerta del monasterio de San Francisco. Subo las gradas grises que el polvo y las lluvias de muchos años desgastaron... Alzo un cortinón pesado que cubre la puerta principal y penetro en el templo. . Un hombre recio y tosco, un labriego, que antes de ir al campo quiere fortalecer su alma con la piedad, está postrado sobre las losas frías y se da fuertes golpes de pecho... Dos viejas apergaminadas silabeaban unos rezos inacabables...

En el altar mayor, dos velas arden oscilantes lamiendo con las luces molduras doradas del sagrario... Un fraile, con la cogulla parda echada sobre los ornamentos sagrados, celebra la misa... Yo siento la trágica grandeza del catolicismo español, que al labrador lo tiene arrodillado sobre el pavimento recio y á las ancianas las hace levantarse cuando aún no canta el gallo, y á este mocetón sólido lo ha encerrado en un claustro sombrío y le ha hecho vestir su hábito pardo, pardo como la tierra manchega... Y aunque yo soy un poco erudito y he leído á Renán y á Sehleiermachez, me postro contrito sobre las frías losas, como lo hubiera hecho un antepasado del siglo XVI...

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

Madrid.



REVISTA DE LIBROS

«OVIDIO,» POR FRANCISCO
DE PAULA VALLADAR

D. Francisco de P. Valladar, cronista de la provincia de Granada, es un hombre de sólida cultura que, como arqueólogo, goza de merecido renombre. Frecuentemente honra las páginas de NÓMADA con trabajos de tal índole, y



FRANCISCO DE P.
VALLADAR

como crítico de arte, no muy lejana está la exposición de obras de Alonso Cano, organizada por el Centro Artístico de Granada y debida á su iniciativa, gracias á la cual se ha podido hacer un curioso estudio comparativo entre las obras del gran pintor, escultor y arquitecto granadino y aquellas otras producciones injustamente atribuidas al gran maestro.

Pero el señor Valladar, que como historiador en su «Historia del Arte» y como arqueólogo en la continua labor que desarrolla en su revista «La Alhambra,» ha logrado excelentes triunfos, nos dá una vez más prueba de su valía, presentándose como novelista, sin que en esta nueva manifestación de su talento deje nada que desear.

Tomando por asunto un hermoso episodio de la invasión napoleónica en Granada, el autor ha sabido aunar á maravilla la fidelidad del acontecimiento histórico, con la narración de unos románticos amores, sin que de este enlace entre lo novelesco y lo histórico, resulte menoscabo de ambas partes.

Desde las primeras páginas de este «cuento, novela corta ó episodio nacional,» —como modestamente lo intitula el autor,— nótase que el señor Valladar no es un primerizo en el manejo de la pluma. La narración se desenvuelve ordenada y espontáneamente, avalorada por un estilo sóbrio, sencillo y elegante, que es bastante á acreditar de gran novelista al autor.

Mucho pudiéramos decir de «Ovidio,» lindo *bouquet* literario que supondrá para el Sr. Valladar un gran éxito de crítica, éxito que debe alentarle á con-

tinuar su labor, cultivando la novela, género en el cual, si hemos de juzgar por esta producción, obtendrá nuevos lauros que sumar á los ya ganados en nobles lides.

La obra, editada por la casa M. León Sánchez, de México, constituye un alarde de sencillez y de buen gusto.

**«LA HIDRA,» NOVELA POR MA-
NUEL VALCÁRCEL Y JULIÁN
MARTÍN DE SALAZAR**

Fruto de una feliz colaboración es la novela «La Hidra,» original de un escritor que bien merece figurar ya entre los veteranos de la pluma, don Manuel Valcárcel, y de un joven literato á quien ofrece el cultivo de las letras un brillante porvenir, Julián Martín de Salazar.

Hace algunos años que ambos escriben novelas en colaboración. La iniciaron con «Amelia,» que ha alcanzado ya los honores de la segunda edición, y continuaron luego dando al público y á la crítica obras de tan revelantes méritos como «Trini,» narración impregnada de gallardías pasionales; «Fiebre de amor,» en que se advierte la presencia de un fino y depurado realismo; «Las adelfas,» bellas escenas de un gran interés; y, por último, «La Hidra,» en la cual sus autores han confirmado el alto concepto que han merecido como consumados novelistas.

Antes de llegar á la colaboración en la novela, ya ambos escritores gozaban de justo renombre como literatos expertos y de una notable fecundidad. D. Manuel Valcárcel distinguióse como dramaturgo, habiendo conseguido en la escena muchos triunfos con obras en verso como «Doña Leonor Pimentel,» «No hay muerte como el olvido» y otras varias, en las que se revelaba por igual la personalidad del autor dramático y la del poeta. Cuanto á Julián Martín de Salazar, baste recordar su libro de cuentos «A través de la vida,» con el que hizo su aparición en el mundo literario. Joven y entusiasta, luchó con verdadero denuedo por destacarse del montón de las medianías, y en verdad que lo ha conseguido en toda la línea.



JULIÁN MARTÍN DE SALAZAR

Entendemos que la colaboración en novelas es harto difícil, porque requiere una identidad de espíritu, temperamento y estilo más marcada que la que exige la colaboración en cualquier otro género literario. En el teatro, por ejemplo, cada colaborador puede hacer hablar á determinados personajes con



MANUEL VALCÁRCEL

los que guarde cierta afinidad. En la novela, en la narración, la obra es más compleja, puesto que en las descripciones y en los relatos necesariamente se ha de destacar con rasgos más visibles el mayor ó menor tacto de uno y otro escritor, su modo particular de ver las cosas, su manera especial de dar al lector la emoción adecuada al momento.

Por eso difícilmente se podrá formar en novela una colaboración tan acertada y precisa como la de los señores Valcárcel y Martín de Salazar. En sus obras se advierte una tácita unanimidad en el pensamiento y en el desarrollo de la acción. No hay un solo rasgo, un solo detalle distintivo de la personalidad de uno y otro.

«La Hidra», como las demás obras de los autores mencionados, es hija de un mismo espíritu y de un mismo temperamento. No puede establecerse comparación entre este libro y los anteriores de los literatos en cuestión, porque en todos ellos se nota la pluma experta que ni duda, ni vacila, y en todos se advierte el influjo de dos psicólogos que han hallado en la vida la fuente de toda ciencia y de todo saber.

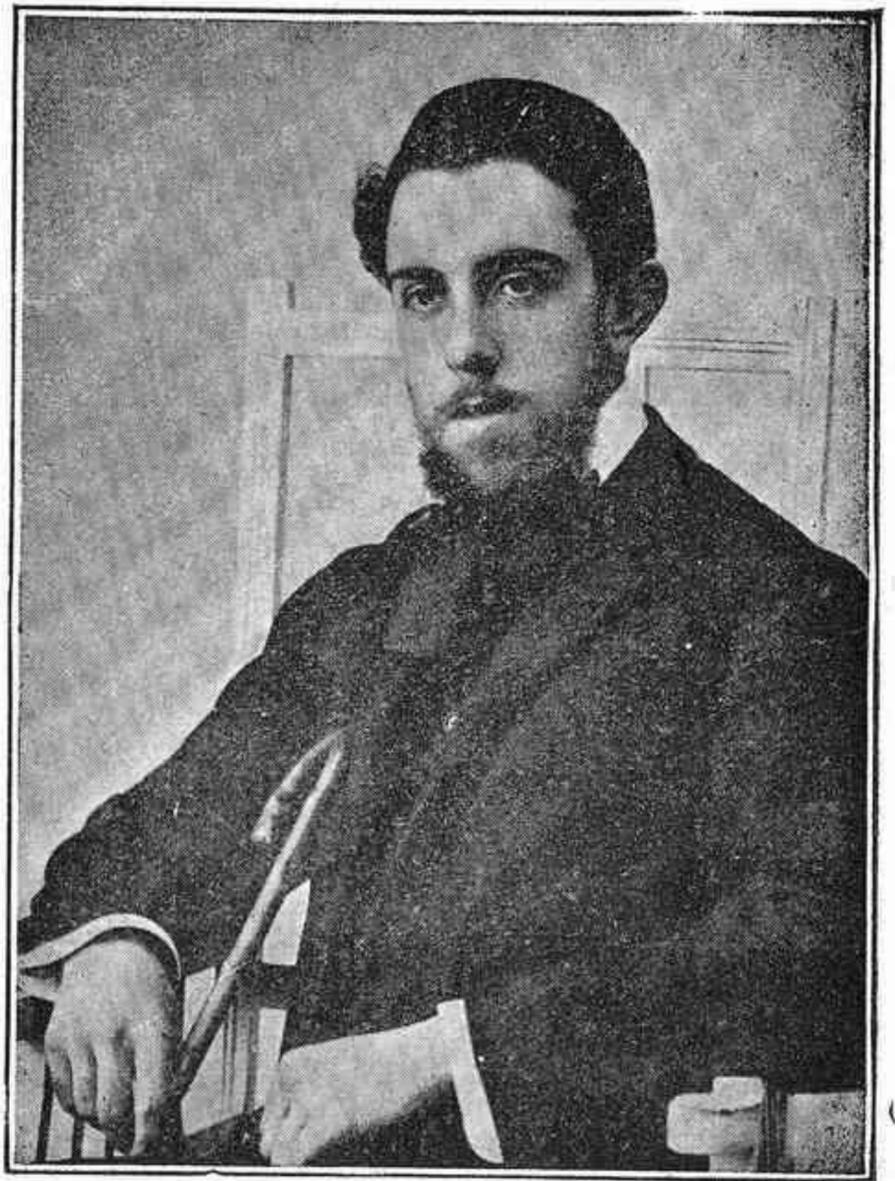
Al acusar recibo de «La Hidra», enviamos á sus autores nuestra felicitación por tan bella novela, que añade un nuevo éxito á los ya alcanzados.

«EL FUTURISMO,» POR MARINETTI,
TRADUCCIÓN DE NICASIO HERNÁN-
DEZ LUQUERO Y GERMÁN GÓMEZ DE
LA MATA

La oleada futurista sintetiza el anarquismo iconoclasta y desenfrenado en el mundo del arte. Es una aberración que no tendrá, seguramente, suerte alguna de transcendencia. Los futuristas desechan lo arcaico, desprecian las bibliotecas, detestan las academias y abominan de los museos. Las viejas ciudades, que son relicarios preciosos del espíritu de la tradición y de la raza, son blanco de las ironías futuristas. Anhelan los partidarios de esas ideas absurdas la constitución de un concepto de arte nuevo en absoluto. El pasado es para ellos algo inútil, vano y humillante. Por eso han comenzado la cruzada puesta la vista en el norte de sus aspiraciones. Por eso siguen por su senda sin volver la cara atrás.

Entre el futurismo italiano y el simbolismo francés, existe cierto lazo de unión. Pero el segundo es más racional y más humano que el primero. Por eso el futurismo obtuvo en Francia una acogida singular. En «Le Fígaro,» apareció el «Manifiesto del futurismo,» que su inspirador el poeta Marinetti califica de célebre y sensacional. En Italia la campaña propagandista se hizo mediante actos públicos, reuniones en los teatros, verdaderos mitines en los que siempre tenían que intervenir los agentes de la autoridad. Los partidarios y los enemigos del futurismo tomaron la cuestión demasiado en serio, y todas las conferencias de Marinetti concluyeron en colisiones violentas. Futuristas y antifuturistas acababan golpeándose fieramente.

Hablando de uno de esos actos celebrado en Turín, escribe el propio Mari-



NICASIO HERNÁNDEZ LUQUERO

netti: «A la lectura de este manifiesto—se refiere al de los pintores Boccioni, Caná y Bussolo, que se constituyeron en campeones y portavoces del futurismo en el arte pictórico italiano—que es un grito de rebeldía contra el arte académico, contra los museos, contra el reinado de los profesores, de los arqueólogos, de los chamarileros, de los anticuarios; un alboroto inaudito estalló en la

sala, donde se apretujaban más de tres mil personas, entre las que había gran número de artistas...»

Poco después el salón era un campo de Agramante. A puñetazos y bastonazos acabó el acto, como acabaron en Nápoles, Venecia, Padua y otras ciudades contra las que dirigió sus afiliados dardos el futurismo.

En París, donde todo lo que sea evolución y rebeldía tiene numeroso partido, los futuristas tuvieron un cordial recibimiento por parte del elemento estudiantil y boemio, que en el clásico y fantaseado barrio latino promovió más de un alboroto en defensa de las teorías.

Aquí, en España, ha hecho ahora su aparición Marinetti, hablando desde las

páginas de su obra «El futurismo». Nicasio Hernández, Luquero y Germán Gomez de la Mata, dos jóvenes literatos de gran valer y nobles entusiasmos, han sido sus intérpretes. En ese libro, Marinetti da cuenta del desarrollo del futurismo en Italia y de sus campañas propagandistas en Francia é Inglaterra. En nuestro país tan extraordinarias tendencias no tienen, no pueden tener nunca ambiente. Y en verdad que será ello una gran fortuna. La labor de Hernández Luquero y Gómez de la Mata ha sido de fieles adaptadores, y como tales han cumplido á maravilla su misión, sacrificando á veces la claridad y la justeza, á la incoherencia de una traducción puntual. Por tal cosa merecen plácemes.

Cuanto al espíritu de la obra, sólo repetiremos que es una aberración, una teoría irracional y absurda, propia de quienes han sentado plaza de arbitrarios para reirse á mandíbula batiente de aquellos que tengan la debilidad de tomarlos en serio...



GERMÁN GÓMEZ DE LA MATA

LIBROS RECIBIDOS

Acusamos recibo de los siguientes libros, de que nos ocuparemos en los números sucesivos.

Las Rosas de la Fontana, poesías de Tomás Borrás.

La Reina de las Minas, novela española de M. Martínez Barrionuevo.

Del ambiente provinciano, cuentos y otras prosas de A. Jiménez Lora, prólogo de Julio Pellicer.

Hidalguía, poesías de Luis G. Huertos, prólogo de Manuel Bueno.



NUESTRO CONCURSO DE CUENTOS

En nuestro concurso de cuentos, el Jurado ha concedido el premio al original titulado

TRAGEDIA DE VILLANOS

que tiene por lema «Hidalguía,» y del cual es autor D. Adolfo Reyes Guillot. Dicho cuento lo publicamos en el presente número. De los restantes sólo ha sido recomendado el que se denomina

LAS ARRAS

cuyo lema es «Tetuán.» Su autor se servirá cumplir á la mayor brevedad la condición expuesta en el último punto de la base sexta del concurso.

Córdoba 26 de Mayo de 1912.

